

La Bestia que me Amó

SAMANTHA HOLT

Contents

La bestia que me amó
Capítulo Primero
Capítulo Segundo
Capítulo Tercero
Capítulo Cuarto
Capítulo Quinto
Capítulo Sexto
Capítulo Siete
Capítulo Octavo
Capítulo Nueve
Capítulo Décimo
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Epílogo

La bestia que me amó

Samantha Holt

Capítulo Primero

"Hola ahí".

Isabel hizo una mueca. Había logrado salir de la aldea sin que nadie le prestara atención. Qué mala suerte ser atrapada por alguien ahora. Más que un alguien, en realidad.

Garth Legore, el heredero del vizconde de Thorndale.

Mantuvo la cabeza hacia adelante, con la mirada fija en el paisaje más bien insípido, árbol tras árbol. El bosque era denso y oscuro. Las nubes grises ocultas por un espeso dosel apenas filtraban un hilo de luz. Su padre se impresionaría si descubriera que ella estaba allí.

Pero había estado por dos semanas en Bath por negocios. Volvería al anochecer y lo que su padre no supiera no podía hacerle daño. A menos, por supuesto, que Garth decidiera delatarla.

“Isabel” volvió a llamar.

Ella fingió no escuchar. Tal vez se daría la vuelta y se daría por vencido. Con las botas aplastando las hojas podridas y el barro que había dejado la lluvia reciente, aceleró el paso.

Los cascos de los caballos se acercaron, indicando que Garth no se había rendido. Respiró hondo, dibujó una sonrisa en su rostro y se giró para verlo mientras él acercaba su elegante corcel a su lado.

“Estabas en tu propio mundo” declaró, mostrando lo que Isabel sabía que pensaba que era una sonrisa elegante.

A decir verdad, no había nada de llamativo en ello. Garth era un completo idiota. Incluso su padre lo decía. Sus labios eran estrechos, su barbilla apenas existía, sus ojos estaban demasiado juntos y sus orejas eran grandes. Para compensarlo, Garth se vestía a la más alta moda. Desde sus pantorrillas acolchadas hasta su cintura ceñida —y apenas quería pensar en lo que llevaba debajo de las camisas para crear esa cintura—, este hombre era un imbécil de la peor clase. Preocupado por nada más que usar la mejor y más cara ropa.

Aunque fueran ridículas.

“Perdóname” dijo ella, reprimiendo una sonrisa al recordar la vez que había usado zapatos con un tacón tan alto que apenas podía caminar con ellos. Garth Legore caminando por la calle del pueblo, casi cayéndose, habría sido todo un espectáculo.

Se quitó un mechón de pelo de la cara y tiró de las riendas para asegurarse de que el caballo seguía su ritmo. Isabel deseaba que no lo hiciera. Deseaba que la dejara en paz.

Al menos una vez a la semana, se acercaba a ella, y lo había estado haciendo desde que cumplió dieciocho años. La compañía de Garth no se podía aguantar mucho, y dos minutos era demasiado, por no hablar de dos años.

“¿A dónde vas, entonces? ¿Sabe tu padre que estás sola en el bosque?”

Hablaba con una entonación extraña. Fuerte y profunda, pero sonaba forzada, un poco como cuando intentaba imitar a un hombre. Había un tiempo limitado en el que se podía escuchar esa voz.

Respiré hondo. “Me voy a la Abadía de Blackmoor”.

Hizo que el caballo se detuviera dramáticamente y la miró. “¿La Abadía de Blackmoor? ¿Para qué diablos?”

Isabel siguió caminando. "Tiene una biblioteca maravillosa. Como sabes, estoy tratando de armar una biblioteca para el pueblo” dijo pacientemente, a pesar de sentirse decididamente impaciente.

Si Garth la retenía mucho más tiempo, estaría caminando de regreso en la oscuridad y,

aunque no se asustara con las historias de bestias y duques que mataban a sus esposas, no le apetecía mucho encontrarse con rufianes.

"Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a pedir algunos libros?" Garth se echó a reír. "¿Crees que la Bestia de Blackmoor te daría libros?"

Levantó un hombro. "Tiene una vasta colección, según me han dicho. No veo por qué no puede prescindir de algunos".

Una vasta, vasta colección, según la señora Umbridge, en la tienda del pueblo. Una biblioteca tan grande que una podría perderse en ella durante días. Una tan grande que se necesitarían muchas vidas para leer todos los libros que contiene.

Isabel suspiró y sonrió. Solo podía imaginar un lugar así. Papá hablaba de las bibliotecas de Londres, pero ella nunca había tenido ocasión de visitarlas y no le gustaba que viajara. El viaje de seis horas de Northumberland a Londres podía ser traicionero y papá estaba completamente convencido de que contraería algún tipo de enfermedad en la distancia.

Pero ver una biblioteca como esa... Oh, valdría la pena el tiempo y la enfermedad.

Tal vez el duque la dejaría entrar para ver su biblioteca. Incluso podría dejarla elegir algunos títulos a ella misma.

"Hablas en serio, ¿verdad?" Garth se había detenido de nuevo.

Aunque se sentía tentada a seguir caminando e ignorarlo, le haría la vida más difícil de lo necesario. Podía pensar que era un tonto ridículo, pero era el heredero del vizcondado. Con la excepción de la llamada Bestia de Blackmoor, era el hombre de más alto rango en el área y, por lo tanto, Garth era tratado como si fuera de la realeza a veces. La señora Umbridge se había burlado de ella la víspera por la mañana, regañándola por no haberle prestado más atención, ya que se había metido en su tienda para evitar a Garth.

"Podrías conseguir alguien mucho peor que un vizconde" le había dicho la señora Umbridge moviendo el dedo.

Tal vez podría, pero también podría hacerlo mucho mejor. No es que hubiera hombres de alto rango en la zona pidiendo su mano, pero, en lo que a ella respectaba, la vida era una sola, administrar una biblioteca era mucho mejor que casarse con Garth Legore.

Con las manos en las caderas, Isabel finalmente se enfrentó a él. "Sí, lo digo en serio. Mi biblioteca de suscripción consta de cuatro libros. Tendré más cuando vuelva papá de Bath, pero no es suficiente. Todo nuestro pueblo parece tener solo un puñado de libros, excepto la Biblia".

"Una buena lectura", coincidió él.

Dudaba que Garth hubiera leído toda la Biblia, pero ahora no era el momento de señalarlo. "Necesitamos más libros, Garth. Por el bien de nuestros hijos, debemos ser mejor leídos".

Garth resopló. "Tonterías. Apenas leía un libro cuando era niño y ahora mira. No puedes encontrar un mejor partido en todo Northumberland".

Respirando hondo, volvió a esbozar esa sonrisa en los labios. "Por supuesto. Pero no todos podemos ser tan afortunados como tú".

Una sonrisa se dibujó en sus labios. "Podrías serlo, Izzy". Se inclinó. "Podrías tener suerte".

Miró al cielo, apenas visible a través de los árboles. "Oh, Dios mío, parece que puede largarse a llover en cualquier momento. Será mejor que me dé prisa".

"¿Lluvia? Maldición. Este fieltro de castor es completamente nuevo". Se dio unos golpecitos en el sombrero. "Traído desde Londres. Solo lo mejor".

"Naturalmente".

"Tú también podrías tener lo mejor, Izzy. Si tan solo consintieras..."

"Dios mío, sentí una gota. Será mejor que corra. Lo mismo deberías hacer tú, si no quieres

que se arruine tu nuevo sombrero".

"Tienes razón. Será mejor que me dé prisa. Te visitaré cuando tu padre haya regresado. Podemos terminar nuestra conversación". Hizo una pausa. "¿De verdad vas a visitar a la Bestia de Broadmoor?"

Isabel alzó la barbilla. "Sí".

Sacudió la cabeza. "Ya sabes lo que dicen de él, Izzy".

Realmente estaba empezando a detestar el apodo que él le había dado. "Sí, lo sé".

La observo por un momento. "Debería obligarte a volver".

Levantando la barbilla lo miró. Nadie la había obligado a hacer nada que no deseara, ni la habían disuadido de hacer algo que deseaba. Ciertamente, Garth no iba a arrastrarla a casa en el corto plazo.

Una gota de lluvia cayó sobre el ala de su sombrero. Isabel no había pensado que iba a llover, así que estaba algo agradecida, aunque, por supuesto, eso significaba que también se mojaría.

"Pero debo darme prisa". Dio la vuelta a su caballo. "Tengo asuntos en la ciudad desde hace unos días, pero te visitaré a mi regreso, no temas".

"Iupiiii" murmuró para sí misma.

"¿Perdón?"

"Dije que sería encantador".

"Excelente." Con otra sonrisa supuestamente hermosa, se despidió de ella.

La lluvia se aceleró, cayendo pesadamente sobre su sombrero y filtrándose bajo su pelliza. Se estremeció y caminó más rápido. La abadía de Blackmoor estaba a un kilómetro y medio de distancia, así que tenía que caminar bastante, pero valdría la pena cuando volviera con la promesa de libros del duque.

Porque seguramente desearía donar a tal causa. A diferencia de Garth, tenía que ser muy leído con una biblioteca así. ¿Quién no podría serlo? Pues, si ella fuera dueña de una biblioteca así, nunca la abandonaría. Le sobrarían docenas de libros, si no cientos. Qué bendición sería eso. Su biblioteca de suscripción finalmente podría despegar y los aldeanos estarían mucho más interesados en ella si hubiera una mayor selección de títulos.

Envolviéndose en sus brazos para protegerse de un escalofrío, marchó a través del bosque, la idea de una hermosa y vieja biblioteca la impulsaba a seguir adelante. Salió del bosque y se encontró con el largo camino que conducía a la abadía. Una hilera de árboles la protegía de la vista, por lo que nunca antes la había visto bien. Desde que su padre los trasladó al pueblo, después de la muerte de su madre, le habían advertido que se alejara de la casa. La Bestia de Blackmoor vivía allí, decían todos.

Ella resopló. Bueno, por mucho que le gustaran las historias, no creía en que los duques se convirtieran en bestias. La señora Umbridge había dicho que después de la muerte de su esposa, el duque había permanecido escondido en su casa, para no volver a ser visto nunca más. Los que habían echado un vistazo a la casa o habían traído comida a la casa decían que el tiempo y el dolor lo habían convertido en una bestia horrible, que nadie debería ver.

Isabel volvió a resoplar. Disparates y tonterías. El simple hecho de que uno prefiriera mantenerse aislado no lo convertía a uno en una bestia. Tampoco podía culpar al hombre. Después de la muerte de su madre, su padre se mudó de Hampshire a este pequeño pueblo en un intento por la paz. Sospechaba que él también quería escapar de los recuerdos de su madre. El dolor le hacía cosas extrañas a una persona, pero ciertamente nunca convertía a nadie en un monstruo.

La lluvia persistía y su sombrero se había convertido en un desastre. La cinta seguía pegada a su mejilla y estuvo a punto de arrancársela por la frustración cuando hubo un claro en los árboles. Las altas cimas de la abadía eran visibles, cada una con una cúpula y una veleta. Eran cuatro en total.

A medida que se acercaba y pasaba por delante de la hilera de árboles, la parte delantera de la casa la saludó, aunque estaba bastante lejos. Cuadrada y de tres pisos de altura, con las torres en cada esquina, contrastaba enormemente con la maleza que ahora era el jardín.

Isabel se limpió las gotas de lluvia de la cara y apretó su pelliza a su alrededor mientras miraba a lo lejos. Las puertas de entrada permanecían, pero las paredes que una vez se extendieron a ambos lados se estaban desmoronando y faltaban algunos trozos grandes. Las enredaderas y la hiedra se arrastraban sobre los restos y subían por los rizos de hierro forjado. Se acercó y miró hacia las puertas. No sabía cómo alguien pasaba a través de ellas. Estaban fuertemente unidas por toda la hiedra y el follaje.

Es probable que hubiera una ruta de regreso a la casa, la que usaban los repartidores o los sirvientes, pero no tenía ni idea de dónde estaba. Pasar por la parte desmoronada de la pared que se desmorona serviría en su lugar. Ciertamente, nunca se le abrirían esas puertas.

Se subió las faldas, eligió el lugar más bajo y trepó por encima de los ladrillos. Su pie aterrizó en un montón de zarzas y una de ellas se enganchó en su media. Se soltó el pie y se abrió paso torpemente hacia lo que solía ser un elegante sendero. Había alguna señal de los árboles cuidadosamente podados que lo bordeaban, pero la hierba era larga y las malas hierbas habían hecho mella en él. De izquierda a derecha y desde el frente de la casa hasta las puertas, el jardín era salvaje y cubierto de maleza. No se veía ni un solo arbusto elegante o macizo de flores.

Miró hacia las puertas, cerradas por las enredaderas que se habían enredado a su alrededor. Su estómago se retorció. "Niña tonta", se dijo a sí misma. "No existen los hombres bestias".

Levantando los hombros, se amontonó las faldas con ambas manos para evitar las zarzas y las espinas de rosas que intentaban arrebatarle la ropa y siguió adelante.

"Eeep." El sonido se le escapó mientras caía sobre algo duro, escondido bajo el jardín salvaje. El sonido pronto se convirtió en un grito de dolor cuando su pierna raspó el costado de la piedra y quedó atrapada en las espinas de las rosas. Se dejó caer sobre su trasero con un 'uuf'.

Un poco aturdida, bajó las manos para empujar hacia arriba y se dio cuenta de su error. Las espinas le pincharon las palmas de las manos y se estremeció. Isabel se miró las manos y frunció los labios. Unos pequeños cortes y una espina demasiado pequeña para desenterrarla por lo que parecía. Se arrancó el follaje ofensivo de los dedos y encontró un hueco en la piedra que había estado oculto a la vista y que la hizo caer. Parecía un banco viejo. Sin embargo, demasiado bajo para seguir de pie en sus pedestales.

Agarró un pedazo de piedra y se puso de pie. Un dardo de dolor le quitó el aire de los pulmones. Al mirar hacia abajo mientras se levantaba las faldas, vio el feo desgarro en sus medias y una generosa mancha de sangre. Al parecer, se había cortado peor de lo que pensaba.

Bueno, no había mucho más que hacer. Había venido aquí por libros y se iría con libros. Con suerte, también podría pedir un poco de ayuda para su pierna antes de regresar a casa.

Eso si no la consideraban una vagabunda. Con su sombrero flexible, su vestido manchado de barro y sus faldas rotas, no se veía exactamente presentable.

Con más cuidado esta vez, se dirigió a la casa, con cuidado de evitar los bancos de piedra o las zarzas retorcidas que parecían querer atraerla y hacerla parte del jardín. Pasó junto a una estatua de una mujer desnuda, a la que le faltaban los brazos. La hiedra se aferraba a ella como un vestido improvisado. El efecto fue realmente espeluznante cuando la estatua ciega contempló

su viaje a través de un manto de vegetación.

"Garth te diría que has estado leyendo demasiadas historias de terror", se regañó a sí misma.

Eso fue suficiente para que volviera rápidamente la cabeza de la estatua y se concentrara en su objetivo. La casa.

La enorme puerta doble con sus aldabas de hierro con cabeza de león le hacía señas. Detrás de esas puertas había una biblioteca que podría competir con casi cualquier otra en el país si las historias eran ciertas. Sería una oportunidad única en la vida y ninguna estatua espeluznante le impediría acceder. Tampoco lo haría ningún duque bestial. Ella se echó a reír ¡Qué absurdo! Garth le decía que mantuviera la nariz alejada de los libros y, sin embargo, él y los aldeanos eran los que inventaban historias sobre ermitaños.

La altura de la casa le daba un poco de protección contra la lluvia, así que aprovechó el momento para ajustarse el gorro, apartarse los rizos empapados de la cara y alisarse las faldas. Golpeó la aldaba una vez y luego notó que una vieja campana tiraba del costado de la puerta. Tiró de eso también, por si acaso, pero estaba rígido y no pensó que sonara.

Golpeando con el pie, esperó, y su corazón latió rítmicamente en el pecho. Solo pensar en todos esos libros fue suficiente para que se sintiera débil. Cuando nadie respondió, volvió a intentarlo.

Respiró hondo. ¿Y si no estuviera aquí? ¿Y si hubiera empacado y hubiera desaparecido y por eso nadie lo había visto? Su viaje habría sido en vano. Y también lo sería haber roto su pobre y maltrecho vestido.

Un chirrido salió de la puerta y ella se sacudió. Forzando una plácida sonrisa en su rostro, entrelazó los dedos frente a sí misma. La puerta se abrió con un gemido, tan despacio que tuvo que luchar contra el deseo de abrirla ella misma.

A través de la oscura grieta, un rostro se asomó. Un hombre redondo y bajito, con un bigote largo y delgado, la miraba a través de las gafas. “¿Sí?” preguntó, con voz ronca.

"Buenas tardes, me preguntaba..."

Apareció otro rostro. Un destello rápido. Solo lo vio lo suficiente como para registrar el pelo, montones y montones de pelo oscuro. Y los ojos. Dos ojos fijos en ella, pero uno era blanco, completamente blanco. Debió de mirarla solo un momento, pero le pareció lo suficientemente largo como para que sus manos se pusieran húmedas y su corazón latiera tan fuerte que pensó que se le iba a salir por la garganta.

"¡No se aceptan visitas!"

La puerta se cerró de golpe.

Dios mío, tal vez los aldeanos tenían razón después de todo.

Capítulo Segundo

"Su Excelencia..." Timms tartamudeó.

Wilde miró al mayordomo de la manera más intimidante. "No se aceptan visitas", repitió.

Timms frunció los labios y se enderezó el chaleco. "La niña estaba empapada y, por lo que parece, lastimada. Vi sangre en su tobillo".

“¿Mirando los tobillos de las mujeres, Timms? Pensaba mejor en ti".

Wilde trató de apartar de su mente la imagen de la joven empapada. Solo la había visto brevemente, pero había sido suficiente. Reconocía el miedo cuando lo veía. Tan pronto como esos ojos grandes y expresivos se posaron en él, lo vio todo.

"Su Excelencia, creo que al menos deberíamos invitarla a entrar. Podía coger un resfriado.

"Se lo merecería. Ella no debería estar invadiendo mi tierra".

“Su Excelencia...”

La señora Potter, su ama de llaves que también era cocinera, entró apresuradamente y lo comenzó a señalar con un dedo, repetidamente. A pesar de ser dos cabezas más baja que él, la mujer nunca parecía intimidada por él. Era una molestia, sin duda.

"¿Acaba de despedir a esa joven?", preguntó.

"¡No lo hice!" Timms protestó.

“Lo hizo”. Wilde se apartó de la puerta. "Y lo volvería a hacer. Y otra vez. Y otra vez".

“¿Es la primera visita que recibimos en años y la despide? La señora Potter levantó las manos.

“No quiero visitas” le recordó Wilde por encima del hombro.

A pesar de su paso decidido hacia la biblioteca, ella lo siguió, sus pasos golpeando las viejas baldosas blancas y negras. "¡Estaba empapada hasta la piel! Se resfriará. ¡O engripará! ¡O peor!".

"¿Qué podría ser peor que la gripe?", murmuró mientras abría la puerta de la biblioteca.

“¡Neumonía!” la señora Potter le puso una mano en el brazo. “Vamos, Su Excelencia. No podemos dejarla ahí. La casa más cercana está a dos millas de aquí”.

"¿Por qué debería importarme?" No miró al ama de llaves. Sus suaves ojos grises sabían demasiado.

“Ya sabe por qué” dijo en voz baja. "Acabo de verla salir del salón y estaba cojeando. Creo que puede estar herida. Si la despedimos, entonces..."

"Sí, lo entiendo", le espetó.

Lo entendió demasiado bien. Su juicio había sido erróneo en otro tiempo y Lilly lo había pagado caro. No podía enviar a otra mujer a la muerte.

Respiró hondo, soltó el pomo de la puerta y se dirigió de nuevo a la puerta principal. Entrecerró los ojos mientras caminaba. Después de todos estos años, todavía no se había acostumbrado a su falta de percepción de la profundidad. Timms le decía que tenía suerte de tener la vista, pero ¿de qué servía un buen ojo?

Abrió la puerta y descubrió que la muchacha había llegado cojeando hasta la verja. La lluvia continuaba y no parecía que fuera a amainar pronto. Si la invitaba a entrar, quién sabía cuánto tiempo tendría que hacer de anfitrión.

“Muchacha” bramó.

Se quedó quieta y se volvió lentamente.

"Vuelva".

Por supuesto, había muchas posibilidades de que huyera después de verle la cara. La

mayoría de la gente lo hacía. Por eso se quedaba en la casa. Era mucho más fácil que caminar y asustar a la gente. Se pasó una mano por la barba y contempló sus mejores galas que habían visto días mejores. Aunque la muchacha podía estar empapada y maltratada, él no tenía mejor aspecto.

Lo más extraño sucedió cuando comenzó a regresar a la casa. Por un lado, eso era extraño en sí mismo. Habiendo visto su rostro, ¿no debería estar ella huyendo? Pero la segunda cosa extraña fue la sonrisa que se dibujaba en su rostro. Permaneció hasta que llegó al escalón frente a él. Hizo una pausa, alzó la mirada hacia él y la sonrisa desapareció. Esperó ese destello de miedo en sus ojos oscuros.

Nunca llegó. Él frunció el ceño.

“Es usted el duque de Broadmoor, ¿verdad?”

Él asintió.

"Excelente. Tengo una propuesta para usted”.

Volvió a asentir con la cabeza, palabras aparentemente imposibles. En cambio, dio un paso atrás y dejó entrar a la mujer. Su vestido de muselina debe haber sido blanco antes de salir de casa hoy, pero ahora estaba manchado de marrón y verde. El sombrero de paja adornado con una cinta azul le caía sobre la cara. El dobladillo de su falda había recibido bastantes golpes en el jardín y estaba rasgado en varios lugares. Cuando bajó la mirada hacia su tobillo que apenas se asomaba por debajo de la tela, notó que Timms tenía razón. Había una raya roja en sus medias blancas y rotas.

Timms cerró la puerta tras ellos y el ruido sordo resonó por toda la sala vacía. Wilde trató de no recordar el candelabro polvoriento sobre ellos o como se desmoronaban los marcos de algunas de las pinturas. La silla a un lado de la puerta estaba raída. ¿Su invitada se daría cuenta de todo esto? ¿Le daría lástima, tal vez? Allí estaba este gran duque viviendo en la miseria, con un solo ojo y tres sirvientes que le hacían compañía. Casi nada que envidiar.

“Su Excelencia, ¿me permite...?”

Levantó una mano. "Mi ama de llaves me dice que debería ser atendida". Hizo un gesto a la señora Potter, que se adelantó corriendo. "Sra. Potter, ¿se llevará a la señorita..."

“Isabel Beaumonte” dijo la joven.

“¿Podría llevar a la señorita Beaumonte al piso de arriba y ver qué se puede hacer por ella?” No sabía muy bien cómo decir que había estado mirándole los tobillos, así que dejaría ese delicado asunto en manos del ama de llaves, que tenía mucho más tacto que él.

“Bueno, eso es muy amable, Su Excelencia, pero...”

“Estaré en la biblioteca”. Giró antes de que ella pudiera continuar y se acercó a la puerta de la biblioteca. La cerró, no sin antes vislumbrar a la señorita Beaumonte a través de la rendija. Allí estaba ella, toda frágil y húmeda, y demasiado bonita, mirándolo con total inocencia.

Iba a ser infernal tenerla aquí. Tendría que asegurarse de que la señora Potter la enviara de regreso a toda prisa.

Wilde se acercó al mueble de bebidas que guardaba en la biblioteca, lo abrió y se sirvió una botella de brandy y una copa. Lo colocó sobre la mesa al lado de su silla favorita y sirvió una generosa porción. Se sentó, tomó su bebida, abrió el libro que había estado leyendo y dejó escapar un largo suspiro.

La mujer, la señorita Beaumonte, ya estaría arriba. La señora Potter se encargaría de ella. En lo que a él respectaba, no tenía que hacer nada.

Wilde miró la escritura, pero las palabras se habían mezclado. Y no tenía nada que ver con su ojo dañado, para variar. Resopló, tomó el brandy y dejó el vaso a un lado. El fuego de la chimenea crepitaba y la lluvia golpeaba suavemente las tres ventanas que bordeaban la

biblioteca. Aparte de eso, había poco que escuchar y así le gustaba.

Entonces, ¿cómo era que la extraña conciencia de esa mujer bajo su techo le picaba la piel y le ponía los pelos de punta?

"Está a dos pisos de distancia, por el amor de Dios", se dijo a sí mismo.

Con la atención puesta de nuevo en el libro, frunció el ceño al ver las páginas y entrecerró los ojos mientras leía cada palabra una a la vez.

“Maldita sea”. Cerró el libro y se puso de pie.

¿Cuánto tiempo iba a tolerarla allí? ¿Sería capaz la señora Potter de atenderla y enviarla de regreso? Miró por la ventana el cielo gris y luego miró el reloj. Sacudió la cabeza. Si fuera del pueblo más cercano, tardaría demasiado en volver a casa. Por mucho que se resistiera a tenerla bajo su techo, no podía enviar a una mujer sola en una noche oscura y húmeda. No otra vez.

Nunca, nunca más.

Wilde echó un vistazo a las letras doradas impresas en la portada del libro. Tal vez no estaba de humor para una historia de misterio. Tal vez necesitaba algo más. ¿Un cuento de moralidad, quizás, para ponerlo en su lugar? Se acercó a las estanterías de la derecha y se tomó su tiempo para leer los títulos. Conocía casi todos los títulos de la biblioteca. Desde que era un niño, había sido su lugar favorito en la casa. Su padre, su abuelo y su bisabuelo antes de eso habían trabajado duro para crear una excelente colección. Cuando pasaba los dedos por los lomos, podía sentir la historia allí, la determinación de crear una riqueza de conocimiento.

Tocó un libro. Hoy no podía sentir nada. Maldita sea esa mujer, incluso había arruinado su lugar favorito en el mundo.

De todos modos, ¿qué estaba haciendo aquí? ¿No había oído hablar de él, la llamada Bestia de Blackmoor? Cualquier joven sensata se mantendría alejada de él. Pero, entonces, no podía ser una mujer sensata. Sí, en su primer encuentro había sentido miedo, pero ella había regresado sin aprehensión y él no había visto repugnancia ni horror en sus ojos cuando entró en su casa y lo vio bien.

¿Por qué? ¿Era tan temeraria como para no darse cuenta de lo que era? ¿Era simplemente así de inocente e ingenua?

Porque sabía lo que era. Era un asesino. Un hombre egoísta y arrogante que había llevado a una mujer a la muerte. No era mejor que una bestia y merecía ese nombre de todo corazón.

Giró sobre sus talones con un gruñido. Hoy no le atraía ningún libro. Sin embargo, una vez que ella se fuera, todo volvería a la normalidad. Volvió a su silla, se sirvió otro brandy y se sentó. Acunándolo en una mano, miró fijamente las llamas danzantes del fuego. Una vez que esa maldita mujer se hubiera ido, todo estaría bien. Entonces dejaría de pensar en sus ojos grandes y seductores. Esa barbilla obstinada y puntiaguda. Esas mejillas enrojecidas y esa piel húmeda.

Todo volvería a la normalidad muy pronto.

Capítulo Tercero

“Por favor” suplicó Isabel, “no tiene por qué preocuparse por mí. Estoy perfectamente bien".

La regordeta mujer sacudió la cabeza y chasqueó la lengua desaprobando. Cruzando los brazos bajo unos pechos de gran tamaño, la señora Potter negó con la cabeza. “¿Y bien? A mis ojos no, no lo está. Y por muy vieja que sea, mis ojos están perfectamente bien. Usted, mi amor, está en peligro de contraer un resfriado, y si no se resfría, podría contraer la gripe. Y si no te da gripe, será neumonía...”

"No se llegará a eso". Isabel levantó las manos que estaban apoyadas en la cama. Una posición a la que prácticamente había sido forzada por el ama de llaves. Esta tenía un cuerpo redondeado, con una mata de rizos blancos rodeando su cabeza, metida en una gorra que hacía juego con su delantal. Tenía el tipo de mejillas sonrosadas que uno esperaba encontrar en todas las amas de casa.

“¿Y su pierna?”

Isabel bajó la mirada hacia la media roja y rota que llevaba en la pierna izquierda. “Debo admitir que me vendría bien ocuparme un poco de eso.”

La mujer sonrió. “¿Me deja atenderla, mi amor? Me atrevo a decir que llegó a los jardines y no podría vivir conmigo misma si se infectara”.

"Eso sería amable de su parte".

"Excelente." La mujer parecía animada por su necesidad de ayuda. "Regresaré pronto con un poco de agua tibia y paños. Es posible que necesitemos un poco de alcohol fuerte para limpiarlo".

Isabel hizo una mueca de dolor al pensarlo, pero la señora Potter no le prestó atención mientras continuaba.

"Un poco de sopa caliente, también una buena taza de té". Tachó las cosas con los dedos. "Oh, sí, me sobró una rebanada de pastel de anoche. Manzanas y canela, harán algún bien. ¿Y ahora qué más? ¿Un brandy tal vez para protegerla del frío?”

“Señora Potter” protestó Isabel.

"Sí, el brandy ayudará", insistió. "Algunas mantas extra. Y haré que Lighthall encienda el fuego. Esta habitación es demasiado fría. Por supuesto, necesita una muda de ropa”. -La señora Potter se detuvo para mirarla-. "Es un poco más pequeña que ella, pero creo que puedo encontrar algo".

“¿Que quién?”

La señora Potter parpadeó. “Oh, no se preocupes por eso, mi amor. Póngase cómoda y volveré en un momento”.

Isabel esperó a que la mujer se marchara antes de colocar el sombrero en una silla de madera. El acolchado de terciopelo rojo estaba deshilachado y descolorido. Al igual que el resto de la sala. Estaba libre de polvo, pero el dosel que colgaba de la pared sobre la cama se había vuelto de un extraño color melocotón y olía ligeramente a humedad. La ropa de cama estaba en un estado similar. Un viejo espejo, moteado por el tiempo, estaba en un rincón y la chimenea estaba desnuda, como si no hubiera estado encendida durante años y años.

Había algunos cuadros en la pared. Un paisaje genérico, barcos en puerto, un castillo... Nada personal, por lo que debe haber sido una habitación de invitados en algún momento. Apenas podía imaginar una época en la que los huéspedes se quedaran aquí. Todo en la casa

solariega hablaba de desuso y abandono.

No era de extrañar, teniendo en cuenta que parecía que el duque solo tenía dos sirvientes. Un ama de llaves y un mayordomo difícilmente podrían mantener un lugar así por sí solos.

Se dejó caer en la cama y se quitó las botas cubiertas de barro. Le palpitaba la pierna, pero se olvidó de ella. Era difícil no hacerlo. Alguna vez esta debe haber sido una casa tan grandiosa. ¿Qué fue lo que hizo que este hombre cerrara las puertas y despidiera a los sirvientes? Los aldeanos dijeron que era un asesino. Que él había sido el responsable de la muerte de su esposa. Los detalles siempre eran confusos. Las historias iban desde que él la había matado y la había servido como cena para sus invitados en un pastel de carne hasta que la había arrojado de una de las torres. Sospechaba que todas esas historias estaban adornadas, al igual que las historias de que él era una bestia.

Isabel se quitó la media y se estremeció al ver la carne viva y raspada. Se había hecho más daño del que creía. Menos mal que el duque no la había despedido. No habría podido ir muy lejos.

Sin embargo, había querido despedirla. Tendría que dar las gracias a quien lo hubiera hecho cambiar de opinión. Y preguntarle sobre él. Tal vez la señora Potter estaría dispuesta a contarlo todo. ¿Era realmente un asesino? ¿Era por eso que se había escondido?

Ciertamente, era grande y de hombros anchos. También tenía el pelo largo, no a la moda, con una barba grande y descuidada que estaba teñida de gris en los bordes. Su cabello castaño oscuro estaba desgreñado alrededor de sus hombros. El ojo había sido lo más sorprendente. Era completamente blanco. Pero una vez superada su sorpresa al verlo, cualquier idea de que fuera una bestia huyó. No era más que un desaliñado que tuvo la mala fortuna de quedar ciego de un ojo.

Levantando la pierna para inspeccionar el rasguño, soltó un suspiro. Faltaba solo un rato para que cayera la noche y no creía que su pierna la pudiera llevar a casa lo suficientemente rápido. Tendría que pasar ahí la noche. Eso le daría la oportunidad de preguntar por los libros e incluso ver la biblioteca. Su corazón se entibio con solo pensarlo, desterrando el frío que residía en ella.

Sí. Aprovecharía esta oportunidad para conseguir la ayuda del duque en la construcción de su biblioteca de suscripciones. Después de todo, con una biblioteca como la suya, debe entender la importancia de los libros. Lo único que pedirá es que le haga algunas donaciones. Tal vez podría ser su patrocinador. ¡Oh, qué maravilloso sería llevar la alegría de la lectura a los aldeanos! Ninguno entendía su preocupación por los libros, pero ninguno de ellos había tenido realmente la oportunidad de leer todas las maravillosas historias que había.

Sin embargo, pronto lo harían.

El chasquido de la puerta al abrirse la sacó de sus pensamientos. Se enderezó las faldas y puso las manos en su regazo. La señora Potter entró apresuradamente. Sobre un brazo, tenía una manta. Sobre el otro, un vestido. Por un lado, en equilibrio precario, había una bandeja cargada de sopa, pastel, té y brandy. En la otra mano, sostenía un cuenco con agua humeante.

"Listo..." La señora Potter entró tambaleándose precariamente y cerró la puerta de una patada con un pie. "Ahí vamos..."

Parecía estar aconsejándose a sí misma llevando la carga todopoderosa.

"Solo un poco... Allí... Sí..." Llevó el cuenco al lavabo, ignorando las manos que le ofrecía Isabel para coger algo. Luego dejó la bandeja y entregó las mantas y la bata.

Isabel tocó la delicada seda dorada. "Esto es hermoso. ¿A quién debo agradecer por semejante prenda?"

"No hay nadie a quien agradecer ahora, mi amor. Perteneció a la mujer del amo y hace doce años que está muerta".

"¿Así que su esposa murió?"

"Sí, murió. Tiempos malos". La breve expresión de tristeza en el rostro de la señora Potter se desvaneció y sus ojos se iluminaron. "Ahora vamos a ocuparnos de la pierna mientras bebe este brandy". Puso el vaso en la mano de Isabel.

Isabel olió el líquido e hizo una mueca. A veces se le permitía un poco de oporto en casa para hacerle compañía a su padre cuando bebía, pero esto olía más fuerte que cualquier cosa a la que estuviera acostumbrada.

"¡Bebe!", ordenó el ama de llaves.

Encogiéndose de hombros para sí misma, tomó un sorbo. La dulce calidez tocada con la amargura del alcohol no era tan desagradable como ella pensaba que sería. Bebió otro sorbo mientras la señora Potter se arrodillaba para inspeccionarle la pierna.

"¿Puedo subirle las faldas, mi amor? No puedo ver nada".

"Puedo limpiarlo yo misma" ofreció Isabel. Su padre tenía dos sirvientas y un ama de llaves, pero ella no estaba acostumbrada a que la atendieran.

"Tonterías". La señora Potter infló el pecho. "Cinco años como niñera significa que soy muy capaz de cuidar cortes y rasguños. Apuesto a que tengo mucha más experiencia que usted".

"Oh, nunca quise decir..."

La mujer sonrió. "Por supuesto que no, cariño. Pero deja que la vieja señora Potter se encargue de ello. Es lo que mejor se me da, ya sabe. Cuidar a la gente".

"¿Solo tiene a una persona que cuidar? ¿El duque, quiero decir?"

El ama de llaves asintió con la cabeza mientras preparaba el agua, una jarra de alcohol claro y algunas tiras de lino. "Efectivamente. Difícilmente pone a prueba mis habilidades ahora, ¿verdad? Después de todo, no hay mucho que uno pueda hacer por un hombre adulto".

"¿Y nunca recibe visitas?"

"Nunca. Es la primera en muchos años".

"Ya veo".

"Sea valiente ahora, esto le va a doler". La señora Potter lo dijo tan rápido que Isabel no tuvo tiempo de prepararse para el dolor mientras el ama de llaves le limpiaba la herida.

Dejó escapar un suspiro y cerró los ojos hasta que terminó.

La señora Potter le dio unos golpecitos en la rodilla. "Bien hecho. Ahora solo falta vendarlo. Sin embargo, tendremos que estar atentas. Creo que es lo suficientemente profundo como para ser propenso a la infección. Sin embargo, ¿cómo lo hizo?"

"Me tropecé con una piedra en el jardín. Supongo que Su Gracia ya no tiene jardinero".

"No, no desde que murió la duquesa. He tratado de persuadirlo para que acepte a alguien, pero no tiene ningún interés en ello. Ya ni siquiera sale afuera. Es una vergüenza, ya que amaba tanto el jardín".

"Debe haber sufrido profundamente".

La señora Potter ajustó el extremo de las ataduras y se puso de pie. "Todavía lo hace, de verdad. Aunque los hombres son muy buenos para enfurruñarse, ¿no cree?"

Isabel se echó a reír. "De hecho, lo son".

"Tal vez usted sea la medicina que él necesita. Para sacarlo de su mal humor".

"¿Yo?" Se llevó una mano al pecho. "No estoy segura de poder hacer nada. Apenas lo conozco".

"Bueno, hay tiempo" declaró la señora Potter. "Ahora beba su sopa, coma su pastel, beba su

té, límpiese y póngase ese vestido. Si todavía tiene hambre más tarde, la cena se servirá a las siete en punto. Probablemente oirá el gong de la cena".

Isabel volvió a reírse. La energía de la mujer era contagiosa. "¿Hay algo más que le gustaría que hiciera?"

“Sí” dijo ella, con expresión súbitamente seria, enamórese de Su Gracia. Estoy segura de que haría maravillas por él".

Capítulo Cuarto

"Estoy muy contento de comer en la biblioteca".

Timms miró fijamente a Wilde. Si estaba tratando de intimidarlo, nunca funcionaría. El pequeño y redondeado mayordomo no tenía influencia sobre él. No. Ninguna.

“No, Timms” insistió Wilde.

El mayordomo continuó mirando, una ceja delgada se levantó lentamente.

"¿Por qué tendría que cenar con esta invitada? Yo no la invité aquí. Es una intrusa". Resopló mientras el mayordomo lo miraba resueltamente. "Siempre como en la biblioteca. ¿Por qué tendría que cambiar eso por culpa de una mujer no deseada?" Lanzó un sonido exasperado cuando Timms se quedó, completamente inquebrantable en su posición. "Está bien, cenaré con ella. ¿Eres feliz ahora?"

Una leve sonrisa curvó los labios del mayordomo. "Mucho, Su Excelencia. Sin embargo, le sugiero que se tome un momento para cambiarse para cenar y, arreglarse un poco".

Wilde podía sentir el furioso calor que crecía en su interior. Primero esta mujer había entrado en su jardín, ahora se esperaba que le diera una cama para pasar la noche y la alimentara, y su maldito mayordomo quería que se cambiara y se afeitara. ¿No era él el duque aquí? ¿No era él quien mandaba?

"¿Quieres que coma con ella o no?", le espetó. "No me cambiaré y no me acicalaré. Si a la señorita Beaumonte no le gusta eso, entonces lo lamento mucho”.

Timms parpadeó un par de veces y bajó la cabeza lentamente. "Como usted quiera, Su Gracia. La cena será dentro de una hora”.

Wilde levantó una mano. "Espera, ¿una hora? ¿Por qué una hora? Normalmente ceno a las nueve".

“La señora Potter pensó que sería mejor cenar a una hora más aceptable, teniendo en cuenta que tenemos una invitada”.

Wilde negó con la cabeza. "¿No voy a tener voz en mi propia casa?"

"Me atrevo a decir que solo será por esta noche. Sus heridas fueron leves, según la Sra. Potter".

"Muy bien. Excelente. Cuanto antes se vaya, mejor".

Timms no hizo comentarios mientras salía de la biblioteca y cerraba la puerta. Normalmente había una sensación de alivio una vez que se cerraba la puerta. Aquí, en la biblioteca, Wilde, podía encontrar una paz, una tranquilidad que no había podido encontrar en ningún otro lugar. Le permitía escapar de los sentimientos de desesperación y dolor. Entre sus libros, ya no era un asesino diabólico con un solo ojo, odiado por todos y temido por muchos.

Hoy, sin embargo, no había tal sentimiento. Era por *ella.* El simple hecho de tenerla en la casa era suficiente para molestarlo. ¿Qué estaba haciendo ahora? ¿Recogiéndose el pelo, tal vez? ¿Haciendo todas esas pequeñas y dulces cosas femeninas que tanto le había gustado ver cuando su esposa estaba viva?

El gong sonó a las siete, y el sonido resonó por toda la casa. Hizo una mueca y se enderezó el chaleco. ¿Debería haber seguido el consejo de Timms y vestirse para la cena?

Sacudió la cabeza. No, maldita sea, él no guardaría las formas por esta mujer. Además, su traje de noche no había sido sacado del almacén durante casi una década. Probablemente estaba en peores condiciones que su ropa normal. Era simplemente así. Esta señorita Beaumonte tendría que aceptarlo tal cual estaba.

A pesar de esta pequeña charla que se había dado a sí mismo, todavía sentía que sus palmas se volvían húmedas cuando entró en el comedor. Hizo una pausa y miró fijamente la mesa durante unos momentos. Todas las velas estaban encendidas a lo largo de la mesa de dieciocho asientos. Dos cubiertos ocupaban el extremo de la mesa, uno en la cabecera y el otro a un lado. Los mejores cubiertos brillaban como si hubieran sido pulidos recientemente y alguien hubiera encontrado algunas flores Dios sabe dónde y las hubiera puesto en tres jarrones que estaban colocados en el centro de la mesa.

Lighthall estaba de pie en un rincón, con su librea limpia y sin arrugas. El lacayo delgado como un junco levantó un poco la barbilla, con una sonrisa en su lugar.

“¿Qué es todo esto?” preguntó Wilde.

“La señora Potter dijo que teníamos una invitada”. El acento francés de Lighthall se hacía más fuerte cada vez que se sentía engreído.

Wilde resistió la tentación de gruñir. "No tenemos más que una invitada. No vale la pena poner toda la mesa".

“Solo hay dos cubiertos, Su Excelencia”.

"Sabes a lo que me refiero. ¿De dónde vienen las flores?”

"Parece que tenemos algunas más de las que nos dimos cuenta en el jardín. Sin embargo, tuve que buscar un poco".

Wilde se llevó los dedos a las sienes. Una noche, se dijo a sí mismo. Una noche y ella se iría y su vida volvería a la normalidad. Volvería a cenar en la biblioteca, solo.

La puerta del comedor se abrió con un chirrido y él giró. Su corazón voló hacia su garganta y se alojó allí. La señorita Beaumonte entró en la habitación, con la mirada fija primero en el techo donde habían pintado querubines y dioses, luego en la mesa elegantemente puesta y finalmente en él. Una sonrisa vacilante se extendió por sus labios.

El nudo en su garganta se negaba a moverse, pero su mente se aceleraba. Ese vestido... el oro... Era... Era... “¿De dónde diablos sacó ese vestido?”

Miró hacia abajo, como sorprendido al descubrir que llevaba la seda dorada.

"La señora Potter me lo dio. Quiero decir que lo tomé prestado. No me lo voy a quedar por supuesto". Hizo una pausa y respiró hondo. "Mi propio vestido estaba bastante mojado, ¿sabe? Ella dijo que estaría bien. Si no es así, yo...”

Levantó una mano. "No, está bien". Lighthall tosió y Wilde hizo una mueca. "Usted... luce... hermosa".

Y era cierto. Ver a otra mujer vestida con la ropa de su difunta esposa casi le había dado un ataque al corazón. Había esperado el inevitable dolor, pero mientras ella seguía divagando, el color se veía en sus mejillas, el dolor no lo había golpeado. En vez de eso, se encontró a sí mismo recorriéndola con su mirada de arriba abajo y admirando la forma en que la seda acariciaba su figura. Era un poco más pequeña que Lilly, pero aun así le quedaba bien, enfatizando las caderas redondeadas y una cintura delgada.

“¿Comenzamos?” preguntó, señalando la mesa y sacando una silla.

Esto sería mucho más fácil si no fuera por Lighthall observando cada uno de sus movimientos. El francés se complacía demasiado en la incomodidad de su amo. Qué bien que no tenía más sirvientes, o de lo contrario todos lo estarían intimidando.

La señorita Beaumonte se sentó y él empujó la silla. El olor a jabón lo alcanzó y el momento le dio la oportunidad de admirar sus rizos oscuros, trenzados cuidadosamente alrededor de su cabeza mientras algunos colgaban sueltos de su cuello. Hizo que la parte posterior de su cuello se viera suave y tentador, perfecto para que un hombre posara unos besos. Una diminuta

cadena de oro acariciaba su piel y él se preguntó a qué estaba unida. No se había fijado en el collar, así que tuvo que suponer que estaba bien metido entre su escote.

Se sentó y Lighthall trajo sopa para empezar. La sopa francesa era más fina de lo que solían comer, por lo que tuvo que suponer que sus sirvientes habían estado confabulados para crear una comida digna de impresionar. No sabía por qué insistían tanto en impresionar a una mujer extraña.

Comieron la sopa en silencio. Resistió la tentación de aclararse la garganta o hacer una mueca de dolor cada vez que hacía demasiado ruido al sorber. Las barbas no fueron creadas para ayudar a comer sopa. Las hábiles manos de Lighthall también sacaron de la mesa varios platos principales, y Wilde todavía no se atrevía a hablar con la señorita Beaumonte.

Una parte de él se mantuvo a la defensiva. ¿Por qué debería hablar con ella? No tenía ninguna obligación con esta huésped no deseada. Pero el silencio era cada vez más ensordecedor y una pequeña parte de él no quería que ella se sintiera incómoda.

Cuando sacaron el plato principal de filete de cerdo asado, se aclaró la garganta. “¿De dónde...?” comenzó a decir.

“Yo estaba...” Hizo una pausa. "Perdóneme, ¿qué quería preguntar?"

"Me preguntaba de dónde viene. Quiero decir, ¿vive en el pueblo?"

Ella asintió.

“¿Pero no ha vivido allí toda tu vida?” Tenía que llegar a la conclusión de que no lo había hecho, o de lo contrario estaría aterrorizada de él. Además, no recordaba a ninguna niña de pelo castaño. Habría tenido menos de diez años en el momento del accidente, recordaba. La habría conocido si ella hubiera vivido en el pueblo entonces.

"No, nos mudamos después de la muerte de mi madre. Tenía una tía que vivía aquí y papá quería la influencia femenina. Aunque se casó con su segundo marido poco después y se mudó a la costa, para consternación de mi padre”.

“¿Así que se ha criado sola?”

“Sí”.

“Lamento lo de su madre”.

"Fue hace mucho tiempo. Papá me cuidó bien, aunque no tuviera a mi tía que me ayudara. Pero ha perdido a sus padres, ¿no es así? Debería estar ofreciendo mis condolencias".

Hizo un gesto con la mano para alejar las condolencias. "No era cercano a mis padres". Los años en el internado y luego en la universidad lo aseguraron. Apenas conocía a sus padres.

“Lo siento” dijo en voz baja.

"No tienes necesidad de hacerlo".

Ella sonrió, con una sonrisa suave y dulce que llamó la atención sobre el perfecto arco de cupido de sus labios. “Bueno, lo hago de todos modos”.

Volvieron a caer en el silencio mientras volvían a comer. Hubo una pausa entre el plato principal y los postres. Wilde miró alrededor de la habitación. En sus años de juventud, antes de casarse, no habría tenido ningún problema en conversar con una mujer joven y bonita. De hecho, su problema era que era demasiado capaz de hablar con ellas. Las mujeres lo adoraban y él las adoraba a ellas, incluso después de tomar sus votos de matrimonio. ¡Qué arrogante había sido!

Esperó a que Lighthall sirviera la selección de postres y la señorita Beaumonte se sirviera un surtido de gelatina, manjar blanco y galletas de postre antes de intentar conversar de nuevo.

“Señorita Beaumonte, ¿por qué exactamente estaba invadiendo mi jardín?”

"¿Es invadir si el jardín está cubierto de maleza para llegar a la puerta principal?", preguntó mientras mordisqueaba una galleta. Hizo una pausa y miró su cuenco vacío. "¿No estás

comiendo postre?"

Sacudió la cabeza. "No me gusta la comida dulce".

"Pero los sirvientes han hecho todo este esfuerzo".

En realidad, había evitado los postres desde que Lilly murió. Era terriblemente golosa y disfrutaba mucho conjurando maravillosos menús con la señora Potter. Por supuesto, se podía contar con que llegaría tarde o se perdería por completo estas grandes cenas. Lilly se quedaba cenando sola o inventando una excusa para sus invitados. Un hombre como él difícilmente merecía tales golosinas.

"No como postre", insistió.

"Todo el mundo come gelatina. Incluso los niños. La señora Potter ha hecho un trabajo maravilloso". Se acercó, agarró el cucharón grande y tomó una cucharada de la comida en cuestión. Arrojó la pila tambaleante en su cuenco. "Tome un poco, es delicioso", insistió.

Miró la masa en su plato y luego la miró. Observó atentamente, con la barbilla apoyada en una mano.

"Si tomo una cucharada, ¿me dejarás en paz?"

“Totalmente”.

No sabía por qué obedecía las demandas de esta mujer, pero por el bien de la paz, levantó una cuchara y sacó una pequeña cucharadita de gelatina.

“Más que eso” declaró la señorita Beaumonte. "No probará nada".

Suspiró y tomó una cucharada grande. Consciente de que ella observaba cada uno de sus movimientos, se metió la gelatina en la boca y dejó la cuchara. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que había comido tales alimentos, que el sabor a bayas picantes mezclado con lo que tenía que ser esencia de rosa lo tomó por sorpresa. Se lo tragó rápidamente y mantuvo su rostro inexpresivo.

“¿Y bien?” preguntó la señorita Beaumonte.

"Me lo he comido. ¿Estás satisfecha?"

"No, lo que quise decir fue, ¿le gustó?"

"Estuvo bien".

La señorita Beaumonte se echó a reír. El sonido resonó por todo el comedor. Le resonó en el cerebro y le hizo algo extraño en el estómago. Una extraña sensación cálida corrío por sus venas. Hacía mucho tiempo que no se oían risas en la abadía de Blackmoor.

A él no le gustó nada. Pero le gustó. Y eso era lo aterrador. Esta mujer había llegado e invadido su espacio y le había traído risas y gelatina, y a él le había gustado.

Esto era terrible. Tenía que irse mañana a primera hora.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. "La gelatina es deliciosa y lo sabe".

Él se limitó a gruñir mientras ella volvía a concentrarse en terminar el postre. Echó un vistazo al postre restante y se le hizo agua la boca al verlo. ¿Qué le estaba haciendo esta mujer?

“Nunca dijo por qué estaba en mi jardín” le dijo cuando ella terminó.

“Había venido a visitarlo”.

"¿A mí? ¿Para qué?”

Dejó la servilleta y lo miró fijamente. "Estoy empezando una biblioteca de suscripción, Su Excelencia. Deseo llevar la alegría de la lectura al pueblo".

Resopló. "Nunca conseguirá que esa gente lea".

Una ceja arqueada. “¿Por qué no?”

"Son un grupo inconstante. Demasiado interesados en los chismes como para meter la nariz en un libro".

“Olvida, Su Excelencia, que yo soy una de esas aldeanas”.

Wilde hizo un gesto con la mano. "Bueno, usted es una excepción".

"¿Cómo puede decir tal cosa cuando nunca se les ha dado la oportunidad de leer? La mayoría no ha cogido un libro desde la escuela porque simplemente no hay ninguno en el pueblo. Si tuviera una biblioteca, tendrían acceso a todo tipo de libros. Es un hombre educado, ¿no es así? ¿Seguro que entiende lo importante que es la lectura para la mente? “

“Es una causa noble, señorita Beaumonte, pero esa gente no está interesada en cuidar de sus mentes”.

No, estaban demasiado ocupados hablando de la Bestia de Blackmoor. Demasiado ansiosos por echarlo y marcarlo como un asesino. Era cierto, por supuesto, pero ¿no estaba lo suficientemente devastado por la culpa? Los chismes y los niños asustados después del accidente fueron suficientes para asegurarse de que felizmente nunca volvería a hablar con ninguno de ellos.

"Estoy decidida al menos a intentarlo". Levantó la barbilla. "Creo que está siendo injusto con ellos".

Hizo un sonido desdeñoso.

"De todos modos, vine aquí porque me dijeron que tiene una de las mejores bibliotecas de toda Inglaterra".

“Sí, ¿por qué?” Él sonrió. “¿Va a intentar emularla?”

Ella lo miró con el ceño fruncido, sin apreciar su sarcasmo, y él no podía culparla. Había una razón por la que se alejaba de todos y ella tuvo que darse cuenta de que tenía pocos modales. Doce años fuera de la sociedad habían hecho mucho daño a sus modales.

"Vine a pedirle ayuda".

“¿Mi ayuda?”

“Sí”.

“¿Y no pensó que tal vez no era una buena idea buscar la ayuda de la Bestia de Blackmoor? ¿No la asustaron los cuentos?”

"Su Excelencia, me encantan las historias más que nada, pero sé cuándo una historia es solo eso. No es más bestia que yo".

“Sería usted la única persona en el mundo que diría eso, señorita Beaumonte”.

"Tonterías. La señora Potter o el señor Timms nunca dirían tal cosa”.

“Se les paga para que sean amables conmigo” dijo secamente.

"A los sirvientes no *les tienen que* gustar sus amos".

“Sería prudente que escuchara mis historias, ¿sabe? Si realmente es una amante de los libros, comprenderá que todas las historias tienen un elemento de verdad en ellas".

"Sé que su esposa murió, pero..."

Ella se quedó callada, por lo que tuvo que asumir que el fragmento de dolor que se hundía en su corazón se reflejaba en su rostro.

“No importa”. Hizo un gesto con la mano. "Vine aquí para preguntar si podía tomar prestados algunos de sus libros. Para la biblioteca. Sé que tiene una gran colección y pensé...”

“No”.

"Pero tiene muchos de sobra. Y tengo que asumir que usted también es un gran amante de los libros, así que debe entender lo importante que es ésto".

“No. No hay ninguna posibilidad de que deje ir un solo libro, y ciertamente no para que caiga en manos de esos aldeanos chismosos”. Necesitaba sus libros, y necesitaba su biblioteca intacta.

“Pero seguramente...”

“Dije que no” dijo bruscamente.

Sus ojos se abrieron de par en par ante su tono. “Los aldeanos” dijo en voz baja, “los necesitan”.

"Prefiero quemar todos los libros que ponerlos en manos de esa gente".

"Bueno, eso es un poco extremo, solo estaba preguntando..."

Golpeó la mesa con una mano y la hizo saltar. “Le dije que no, señorita Beaumonte. No, no, no. No renunciaré a mis libros por su locura y ese es el final". Se puso de pie y tiró la servilleta.

Con una mano presionada contra su pecho, ella lo miró fijamente. "Bueno, no hay necesidad de ser tan... Así que..."

“Dígalo” gruñó.

“Tan bestial” soltó. "Sí, así es. Bestial". Su barbilla sobresalía hacia arriba.

“Y ahí tiene usted la verdad, señorita Beaumonte”. Suavizó la voz. "Todas las historias tienen un elemento de verdad. Buenas noches, señorita Beaumonte. Confío en que dormirá bien".

No se volvió para mirarla mientras salía del comedor. Había visto y oído lo suficiente. Como ella había dicho, era una bestia. Que era precisamente la razón por la que necesitaba irse lo antes posible. Porque, ¿qué mujer querría permanecer en compañía de una bestia? No una hermosa e inteligente como la señorita Beaumonte, desde luego.

Wilde entró en la biblioteca y cerró la puerta. Al día siguiente, la señorita Beaumonte se iría y las cosas volverían a la normalidad. Podía disfrutar de su soledad y olvidar el día en que ella oscureció el umbral de su puerta.

Capítulo Quinto

Aunque la cama estaba envejecida, no era incómoda. Sin embargo, Isabel apenas pudo pegar un ojo. Estiró los brazos por encima de la cabeza y se obligó a mantener los ojos abiertos. Se recostó contra la almohada y se quedó dormida de nuevo. Forzándose a levantarse, tiró las sábanas hacia atrás. Esto no serviría para nada. Necesitaba estar despierta y fresca para su viaje a casa.

Cuando puso los pies en las tablas del suelo, hizo una mueca. No sólo había sido el comportamiento del duque lo que la había mantenido despierta, sino también el leve latido de su pierna. Desafortunadamente, el leve latido había empeorado. Todavía tenía que mirar debajo de sus vendajes, pero la amargura se le subió a la garganta al pensar en lo que podría haber debajo. ¿Se había infectado como temía la señora Potter? Lo había visto antes, gente muriendo por infección. Incluso había oído hablar de un niño de la aldea vecina que había perdido una pierna a causa de una infección y había quedado lisiado por el resto de su vida.

El duque probablemente diría que se lo merecería. Sacudió la cabeza y miró a través de la rendija de las cortinas. Detestaba a los aldeanos, a las mismas personas que se suponía que estaban bajo su cuidado. Sí, les encantaba cotillear y las historias de lo grotesco del duque eran muy injustas, pero a la gente le encantaba contar historias, y él apenas había hecho nada para persuadirlos de lo contrario. Si saliera de vez en cuando, tal vez verían que no era una bestia horrible.

Sin embargo, sin dudas tendría que trabajar en sus modales.

La puerta se abrió y la señora Potter entró con un cuenco de agua fresca y otra bata colgada del brazo. Ésta era tan fina como la anterior, digna de una duquesa. No apta, sin embargo, para la hija de un hombre respetable pero difícilmente rico. La seda azul recubierta de un fino encaje había pertenecido sin duda a la esposa del duque. Después de ver su reacción ayer cuando ella usó el vestido dorado, no estaba del todo segura de poder pedir prestado otro.

"¿Ya está listo mi vestido?", preguntó esperanzada.

“Todavía no, mi amor. Todavía se está secando y necesito reparar esas rasgaduras. Tomará un tiempo".

"Supongo que podría llevarme este a casa". Hizo un gesto hacia el dorado que estaba sobre una silla. "Entonces haré que lo devuelvan inmediatamente".

"No se irá a casa hoy, mi amor. El clima está horrible y su pierna todavía se está curando".

Isabel se asomó una vez más por el hueco y notó las gotas de lluvia en la ventana. No le gustaría mucho caminar en ese clima si estuviera en plena salud, pero podía arreglárselas. Sin embargo, con la pierna palpitando incómodamente, no estaba del todo segura de sobrevivir al viaje sin colapsar.

“¿Podría pedir prestado el carruaje del duque?”

La señora Potter negó con la cabeza. "Hace años que no mantiene un carruaje. Los tres se están oxidando en el granero".

“Un caballo, entonces. Creo que podría arreglármelas de lado".

"Tampoco caballos. Los vendió después del accidente".

Dijo «el accidente» en un susurro, como si el duque pudiera oírla. Isabel comprendió por qué la señora Potter lo hacía. Había visto el dolor en su rostro cuando le habló de su esposa durante la cena. Había sido un momento terrible y lo lamentaba.

“¿Hay alguien que la espere?” preguntó la señora Potter mientras dejaba el cuenco de agua

y colocaba la bata sobre la cama. “Si el tiempo mejora, estoy seguro de que el señor Timms no se opondría a enviar una nota”.

Isabel hizo una mueca de dolor ante la idea de que el robusto mayordomo corriera por el bosque fangoso para llevar una nota al pueblo. Además, nadie sabía que se había ido. "Mi padre está ausente en este momento por unos negocios. Les dio a los sirvientes el tiempo libre, ya que realmente no necesito que me cuiden. Así que nadie me está esperando".

"Ah, bueno, esa es una buena noticia". Un extraño brillo se notó en los ojos de la mujer.

Isabel no pudo evitar recordar las últimas palabras que le dirigió el ama de llaves. *Enamórese de Su Gracia.*

Bueno, podría ser guapo de una manera extraña y brusca, pero no sería un hombre fácil para enamorarse para cualquier mujer. Una vez que una se olvidaba del ojo y de la barba desgreñada, podía ver una suavidad en su ojo bueno y apreciar los hombros anchos y la fuerza de sus facciones. Apostaría a que debajo de esa barba había un hombre devastadoramente guapo. Tal como estaban las cosas, sin duda estaba en el extremo atractivo de la escala. Mucho más guapo que, por ejemplo... Garth. Dios mío, ni siquiera se podían comparar los dos.

"Ahora echemos un vistazo a su pierna".

La señora Potter estaba en el suelo y levantando su camisón prestado antes de que Isabel pudiera decir que sí. Quitó las sábanas y la mujer hizo una mueca.

"¿Está mal? ¿Voy a morir?" soltó Isabel.

La señora Potter se echó a reír, haciendo que sus rizos rebotaran alrededor de su cabeza. “No, amor mío, no morirá, al menos no bajo mi cuidado. Pero si la lluvia continúa, no volverá a casa con esa pierna así por un tiempo".

Isabel resistió el deseo de dejarse caer en la cama. "¿Así que estoy atrapada aquí?"

"Vamos, no somos una compañía tan terrible, ¿verdad?"

"Oh, no, en absoluto". Se mordió el labio inferior cuando la señora Potter empezó a limpiar la herida. "Usted, el Sr. Timms y el Sr. Lighthall han sido muy cordiales, pero..."

"Pero nuestro amo no es tan amable".

“Bueno, así es”.

La señora Potter desenrolló un poco de ropa y le ató la pierna una vez más. "Le cuesta un poco acostumbrarse, lo admito".

“¿Pero a usted le gusta trabajar para él? ¿De verdad?”

La señora Potter sonrió. "Realmente sí. Es un buen maestro, a pesar de sus costumbres. Pues, me paga más generosamente que la mayoría y me da tiempo libre para visitar a mi hermana y a mi sobrino cada vez que se lo pido. Por no hablar de toda la ayuda que envía a bueno..." Hizo un gesto con la mano. “Bueno, eso no importa”.

Isabel reflexionó sobre esto. Estaba claro que le gustaba a sus pocos sirvientes. ¿Por qué, si no, permanecer en un trabajo así, aislado, dirigiendo una casa que era demasiado grande para que ellos la manejaran solos? ¿Había un buen corazón enterrado debajo de esos modales groseros y, bueno, furia?

"¿Ha trabajado para él toda su vida? ¿Dijo que fue niñera por un tiempo?"

“De hecho, lo fui”. Una mirada suave se vio en los ojos del ama de llaves. "Una niñera para el propio amo. Yo tenía solo su edad cuando vine a trabajar aquí. Era un muchacho guapo pero un bribón. Realmente nunca dejó de serlo hasta que, bueno..." Terminó de vendar la pierna de Isabel y se puso de pie. "Todo listo".

“¿Hasta qué, señora Potter?” preguntó Isabel, ignorando su pierna recién vendada.

"Hasta el accidente, mi amor". Se dio la vuelta y recogió el vestido de la noche anterior.

"Ahora, ¿necesitará mi ayuda para vestirse?"

Isabel negó con la cabeza. No tenía ayuda en casa y podía arreglárselas bastante bien sola.

"¿Qué hay de su cabello, le gustaría que la ayudara?"

"Puedo arreglármelas, gracias".

Aunque se preguntó si debería haber aceptado la ayuda de la señora Potter simplemente para interrogarla más. Sin embargo, estaba claro que el ama de llaves no deseaba hablar del accidente. Isabel suspiró para sus adentros. Había una historia aquí y ella quería saber cuál era, pero el duque nunca la revelaría. Tal vez el señor Timms o el señor Lighthall le contarían más.

“La comida de la mañana se servirá en la sala de desayunos” le dijo la señora Potter. "Es la segunda puerta a la izquierda del pasillo. Sígala y es la tercera habitación a la derecha".

“Gracias, señora Potter. Ha sido muy amable".

"En absoluto. Es bueno tener a otra mujer en el lugar. Timms y Lighthall no siempre son la mejor compañía, y discuten mucho".

Isabel se rio ante la imagen. Parecía que podría estar aquí por un tiempo más si este clima continuaba y su pierna no sanaba rápidamente. Ya tendría tiempo para explorar la casa y averiguar más sobre el duque. Y ojalá pudiera encontrar esa biblioteca. Si no salía con ningún libro para su proyecto, tenía que al menos echar un vistazo a la biblioteca. *Eso haría que* este viaje valiera la pena.

Capítulo Sexto

Un estrépito procedente de la sala de desayunos hizo que Wilde se detuviera de camino a la biblioteca. Giró el pomo de la puerta y abrió la puerta un centímetro más o menos para mirar a través del hueco. Podía ver la espalda de Timms mientras Lighthall permanecía de pie al otro lado de la pequeña mesa redonda que ocupaba el centro de la habitación.

"No es así como se hace", insistió Lighthall. "He estado poniendo mesas de desayuno durante toda mi vida. Creo que sé hacerlo".

"Oh, toda tu vida", se burló Timms. "Lo hacías cuando no eras más que un bebé en brazos, supongo".

"Apuesto a que fui un bebé más inteligente que tú", fue la respuesta de Lighthall.

"Tonterías". Wilde pudo ver a Timms tratando de hacerse más alto. "Gateaba a los tres meses. Dije mi primera palabra con solo ocho meses".

Lighthall resopló. "Bueno, yo caminé a los siete meses. Podría decir oraciones completas a los nueve meses. Mi madre apenas sabía qué hacer conmigo. Era demasiado avanzado para todos".

"Si eres tan listo, ¿por qué no eres más que un lacayo?" Timms presionó.

Wilde hizo una mueca. Los dos hombres siempre se enfrentaban por algo, pero eso era un golpe bastante bajo.

"Porque" Lighthall elevó la barbilla, "no estoy dispuesto a ascender por medio del engaño".

"¿Engaño?" La voz de Timms se elevó.

"Sí, engaño. Mientes en todo momento que puedes, simplemente para verte mejor. Si los puestos se basaran en el verdadero talento, habría sido mayordomo hace mucho tiempo. Pero no. Estás demasiado ocupado mintiéndole al amo. *Sí, Su Excelencia, se ve usted excelente con esa barba. No, Su Excelencia, el jardín no parece descuidado.*" Lighthall alzó las manos. " Todo mentiras".

"Pffft." Timms rodeó la mesa hasta que estuvo casi cara a cara con el lacayo. Era un espectáculo extraño con las diferencias de altura y tamaño. "Soy tan honesto como largo es el día. Solo necesitas una excusa para compensar tu falta de logros".

Wilde frunció el ceño. ¿Era tan terrible su barba? Es cierto que Timms a menudo presionaba para que la arreglara o la recortara, pero parecía un gran esfuerzo cuando no iba a ver a nadie.

Sacudiendo la cabeza, Wilde eligió cuidadosamente su momento. Fue mientras se miraban el uno al otro cuando decidió intervenir. Ambos hombres serían amigos al final del día y el altercado se olvidaría, pero sin duda pronto surgiría otra discusión.

Entró en la habitación y se aclaró la garganta. Ambos hombres saltaron hacia atrás y se pusieron de pie.

"¿Qué es todo esto?" Wilde hizo un gesto hacia la mesa con candelabros y un elegante mantel. Era la primera vez que veía la mesa del desayuno puesta en muchos años. Durante un tiempo después de la muerte de Lilly, los sirvientes insistieron en ponerla, pero él se servía la comida y luego se retiraba a la biblioteca. Después que varios sirvientes se fueron, Lighthall comenzó a llevársela directamente allí.

"Pensábamos..." empezaron a decir los dos hombres a la vez.

Timms se aclaró la garganta. "Pensamos que sería una buena idea ponerle la mesa a la señorita Beaumonte".

"¿Todavía está aquí, entonces?" A Wilde le sorprendió que no hubiera huido en medio de la

noche después de su comportamiento. No sabía cómo lo explicaría. Tal vez no podría. Tal vez era simplemente una bestia después de todo. Ella no entendería por qué necesitaba proteger su biblioteca con tanta fiereza, estaba seguro de eso.

Lighthall asintió. "La señora Potter dice que el clima es demasiado malo para que regrese a la aldea y que su pierna necesita descansar".

Timms infló el pecho. "Me ofrecí a llevar una nota a su familia, pero ella dice que su padre está fuera, así que nadie se preocupará".

Wilde apretó los labios para no sonreír ante la idea del corpulento Timms corriendo a pie por el bosque con un mensaje. “Ya veo”.

De modo que la señorita Beaumonte iba a quedarse un tiempo. Sin embargo, ¿cuánto tiempo puede una pierna dolorida mantener a una mujer en un solo lugar? Ella se iría muy pronto. Mañana, aunque el tiempo se despeje hoy. Esperó a que la ola de alivio se apoderara de él, pero no fue así. En cambio, una extraña punzada lo golpeó en el pecho. Si fuera un hombre mayor, estaría preocupado por su salud, pero, por desgracia, no, fue la idea de que la señorita Beaumonte regresara de donde viniera lo que lo hizo. Casi preferiría que fuera un ataque al corazón. Sería mucho más fácil de manejar que algunos sentimientos extraños sobre una mujer terca y demasiado bonita.

Esto realmente no estaba bien. Primero, invadió su privacidad, luego prácticamente le exigió que le diera parte de su propiedad, y ahora estaba creando extrañas punzadas. Cogió un plato y miró la comida que había sobre la mesa.

Agarró un tenedor, recogió varias rebanadas de tocino y las puso en su plato. Lighthall y Timms lo miraron. Ignorándolos, tomó un panecillo, recogió un trozo de mantequilla y mermelada y se dio la vuelta para salir de la habitación.

Se quedó paralizado. El pan saltó de su plato, aterrizó en el suelo y rodó para detenerse a los pies de la señorita Beaumonte. Miró hacia abajo hacia la comida en el suelo y luego hacia él, con una ceja levantada. Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras se inclinaba para recogerla y entregársela.

"Esto es suyo, creo".

Wilde se quedó mirando el rollo durante demasiado tiempo. Llevaba otro de los vestidos de su difunta esposa. La delgada funda de encaje fluía sobre su cuerpo y la seda hacía que su piel se viera cremosa y suave. Tragó saliva.

Lighthall se adelantó de un salto y le arrebató el rollo de la mano a la señorita Beaumonte. “Me quedo con eso, señorita”. Hizo un gesto hacia la mesa del desayuno. “Su Gracia estaba a punto de sentarse a desayunar, ¿no es así, Su Excelencia?” Dijo la última parte con los dientes apretados.

"Um", fue todo lo que Wilde pudo decir.

Timms se apresuró a avanzar y retiró una silla. “¿No se unirás a él?”

La señorita Beaumonte lanzó una mirada divertida sobre todos ellos antes de sentarse. De alguna manera, Wilde se obligó a darse la vuelta, colocar el plato sobre la mesa y sentarse frente a ella.

Tal vez fue la fresca luz de la mañana lo que lo hizo hacerlo. Miró por una de las tres largas ventanas que normalmente invitaban a recibir lo mejor del sol matutino. No, eso no era. El día estaba tan húmedo y gris como siempre.

Tal vez era simplemente su terrible vista. Si su buen ojo iba por el camino del otro, estaría en problemas. No más lectura para él. Miró la pintura de la pared, una de una escena de caza, y descubrió que podía distinguir todos los detalles con facilidad. Así que su ojo estaba bien.

¿Por qué, entonces, la señorita Beaumonte había pasado de ser extremadamente bonita a algo que rayaba en la belleza? El tipo de belleza que hacía que el corazón diera un vuelco. El tipo de atractivo que hacía girar la cabeza de todos ante un baile. Del tipo del que los hombres escribían poemas y se lamentaban en las óperas demasiado dramáticas.

Se quedó mirando fijamente mientras ella se servía un rollo y lo abría para untarlo con mantequilla y mermelada. Un poco de mermelada cubrió la punta de su pulgar y se la llevó a la boca. Miró la perfecta inclinación de su labio superior y se imaginó tocando esos labios con los suyos y saboreando la grosella negra de su boca.

Ella lo miró y él apartó la mirada bruscamente. Ignoró los panecillos. Conociendo su suerte, otro saltaría de su plato y él ya estaba haciendo el ridículo tal como estaba. En su lugar, cogió un pastel. Uno bonito, largo y plano que no correría por ningún lado.

“Supongo que la señora Potter le ha informado de que no puedo viajar. Tendrá que perdonarme las molestias”.

Wilde no podía decidir si ella había olvidado su comportamiento bestial o si había elegido olvidarlo deliberadamente, pero no estaba del todo seguro.

Se aclaró la garganta. "Timms y Lighthall me dijeron".

"Lo siento. Sé que no desea mi compañía”.

"No, eso no es... hmm..." Tragó saliva y se puso de pie, ignorando su plato de comida. "Perdóneme. Tengo cosas que atender". Hizo una pequeña reverencia y salió de la sala de desayunos.

El estómago de Wilde refunfuñó en protesta por haber dejado atrás toda esa comida, pero dudaba que hubiera sido capaz de comer un bocado delante de ella. Contempló sus ojos muy abiertos y sus cejas levantadas mientras se había puesto de pie. Sin duda, estaba acostumbrada a mejores modales que ese. Lo más probable era que todos los hombres de la aldea hicieran reverencias y se inclinaran ante ella. ¿Por qué no lo harían? La oportunidad de casarse con una mujer como ella tenía que ser atractiva.

Entró en la sala de la biblioteca y cerró la puerta antes de darle la espalda. Tenía razón. Era bestial. Modales bestiales y comportamiento bestial. Ya no tenía idea de cómo tratar a una mujer. En particular, no tenía ni idea de cómo tratar a una mujer que cada vez le resultaba más atractiva.

Capítulo Siete

Isabel se quedó mirando el espacio que dejaba el duque. Comprendía que no quería exactamente invitados, pero no esperaba que saliera corriendo como si fuera la bestia grande y aterradora de la que hablaban los aldeanos.

Contempló su panecillo cubierto de mermelada y miró a Lighthall, que solo pudo ofrecer una leve mirada de disculpa.

Ahora bien, ¿qué había dicho ella exactamente? Ella frunció el ceño. Había pronunciado dos frases, ambas de disculpa. Tal vez no sonó lo suficientemente arrepentida. O tal vez todavía estaba enojado con ella por lo de la noche anterior. Aquellas palabras que se le habían escapado habían sido repugnantes y horribles. Podía haberla incitado a decirlas, pero ella debería haber tenido más control.

Debería disculparse de nuevo. Sí, esa era su mejor opción. De todos modos, no quería que sus acusaciones de que él era una bestia persistieran. Después de todo, ella realmente no pensaba eso. Ciertamente, era brusco y le vendría bien aprender a tratar mejor con la gente, pero lanzarle esas palabras era casi imperdonable.

Casi, pero no del todo, esperaba.

Bajo la atenta mirada de Lighthall, terminó su rollo. Oh, él trató de ser discreto como lo haría un lacayo bien entrenado, mezclándose con el fondo como si fuera parte de la pared, pero ella captó sus miradas subrepticias.

Después de que sus miradas se conectaron una vez más, ella le sonrió. “¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí, señor Lighthall?”

“La mayor parte de mi vida, señorita”. El hombre delgado como un junco ofreció una sonrisa amistosa. Sus ojos estaban arrugados por la edad, pero la fuerza de su mandíbula y los pómulos cincelados le daban un aspecto elegante. "Mi madre vino a Inglaterra para escapar de la guerra. Su papá era inglés, ¿sabe? Encontré trabajo aquí cuando era solo un niño y he estado aquí desde entonces".

"Su lealtad es digna de elogio".

Hizo un sonido desdeñoso. "Ustedes, los ingleses, hablan de la lealtad como si nunca existiera".

Hizo un gesto hacia la habitación vacía. “¿Supongo que esta casa llegó a tener más de tres sirvientes?”

Él asintió. “Efectivamente, así fue”.

"Así que tendría que asumir que no tuvieron ninguna lealtad".

Sus ojos brillaron. “Tiene usted razón, señorita Beaumonte”. Se movió para recoger el plato del duque. "Su Gracia trata a sus sirvientes bastante bien, pero algunos no pudieron tolerar su temperamento o sus maneras solitarias. Otros se sintieron frustrados por el tedio de cuidar a un hombre. Muchos se mudaron a hogares más ocupados. No es para todo el mundo, este aislamiento, pero me parece que me conviene".

“¿Y no desea usted una casa más ocupada?” insistió Isabel.

"Por supuesto que sí. La tendría llena hasta las vigas. Una vez más, celebraríamos bailes y veríamos a damas y caballeros elegantes usando esta casa como fue concebida. Pero eso no va a ser, a menos que..."

“¿A menos que?”

El señor Lighthall negó con la cabeza. "Bueno, solo podemos esperar, de todos modos".

Sonrió. "¿La comida fue de su agrado? Apenas has comido un bocado. La señora Potter no estará contenta".

"Estaba deliciosa. Por favor, no deje que piense que no lo estaba", suplicó. "Simplemente no soy... hmm... es decir..."

¿Cómo demonios se decía que no estaba acostumbrada a comer frente a un duque que la miraba como si nunca antes hubiera visto a alguien como ella?

El señor Lighthall asintió con la cabeza. Si la entendía, no lo sabía, pero al menos entendía algo. Tal vez pensó que después del intenso diálogo de anoche entre ella y su amo, ella no podía comer en su presencia.

"¿Puedo ayudarle?" le ofreció ella, mientras él empezaba a recoger los platos. Aunque su padre era bastante respetable, rara vez cenaba en casas elegantes. Sin embargo, sabía que la mayoría de las casas de este tamaño tendrían un mínimo de tres lacayos y, sin embargo, el señor Lighthall lo hacía todo solo.

Sacudió la cabeza vigorosamente. "Ni en sueños".

"No es mi intención ofender, señor Lighthall. No estoy acostumbrada a tener poco que hacer".

"¿Por qué no busca la biblioteca? Hay mucho que hacer allí". Su sonrisa amistosa se volvió un poco traviesa, probablemente porque entendió, al igual que ella, que su amo podría no estar interesado en que ella pusiera un pie allí.

Sin embargo, la idea fue plantada. Antes de salir de la Abadía de Blackmoor, tenía que ver esa biblioteca. Simplemente tenía que hacerlo.

Después de todo, no era como si fuera a robarle algunos libros delante de sus narices. Lo único que pensaba hacer era mirar.

"Que tenga un buen día, señor Lighthall" le dijo al lacayo mientras salía de la sala de desayunos.

Aunque no había descubierto toda la distribución de la casa, tenía una buena idea de dónde estaba la biblioteca. Se apresuró a cruzar el pasillo principal y miró a izquierda y derecha. El único sonido que existía era el golpeteo de la lluvia en las ventanas delanteras y sus pasos golpeando el suelo de baldosas.

Isabel intentó abrir la primera puerta de la derecha, pero entró en un salón. El frío instantáneo en el aire y las sábanas que cubrían los muebles le indicaron que rara vez se usaba. Cerró la puerta y probó con la siguiente.

Abriéndola, miró a través de la brecha y se quedó quieta. Con la boca entreabierta, empujó la puerta y se encontró clavada en el lugar.

"Libros" suspiró.

En todas partes. Libros, libros, libros. Hasta donde alcanzaba la vista. Con la mano en el pomo de la puerta, permaneció en el umbral de la puerta mientras contemplaba la vista. Las estanterías de madera bellamente talladas brillaban a la luz de la lámpara. Donde la mayor parte de la casa parecía polvorienta y descuidada, la biblioteca estaba pulida e impecable.

Vio cuatro escaleras que subían a los estantes superiores. La habitación doblaba en una esquina, ofreciendo la idea de que aún quedaban más libros por descubrir. Miró hacia los estantes superiores. Tenía que haber miles de libros aquí. Más de lo que uno podría leer en toda su vida.

"Tantos libros", se susurró a sí misma. "Oh, Dios mío".

Una sonrisa se dibujó en su rostro y entró en la biblioteca. Cerró la puerta con cuidado y dio unos pasos hacia adelante, consciente de que sus zapatillas golpeaban suavemente las tablas de

madera del suelo.

Por encima de ella, dioses y diosas flotaban en el techo, cuidadosamente pintados y mantenidos mucho mejor que los murales de otras partes de la casa. Un candelabro ocupaba el centro de la habitación y los cristales brillaban orgullosos, como si fueran conscientes de que estaban en una habitación de tal magnitud.

Isabel hizo una pausa para mirar a su derecha. Pasó un dedo por los lomos de varios libros, aspirando el aroma a cuero. Ella no conocía estos títulos. Pensar que había tantos libros por ahí de los que nunca había oído hablar, que nunca había leído. Casi se le rompió el corazón al pensar que tal vez no volvería a ver esos libros.

Al doblar la esquina, se quedó paralizada. El duque estaba de pie cerca de tres grandes ventanas traseras que daban al parque. Estaba de espaldas a ella, con la cabeza inclinada sobre el libro que tenía en la mano. Recortada contra la luz gris del día, se topó con su figura imponente. Suponía que podía entender por qué la gente podía tenerle miedo, pero no podía tenerlo, incluso después de su discusión de ayer. Debajo de esa brusquedad, había algo suave. Simplemente tenía que haberlo. Un hombre tan apasionado por sus libros no podía ser *todo* rudeza y brusquedad.

Lo observó durante demasiado tiempo. La forma en que sus hombros se movían con cada respiración fascinaba. Se giró un poco, lo suficiente como para que ella viera la feroz concentración en su frente. Su respiración se detuvo en su pecho. Con la escasa luz del día salpicando a su alrededor, vio un destello del hombre que una vez fue. Probablemente demasiado guapo. Incluso con la barba y el pelo largo, ella lo sabía.

Él se volvió de nuevo y ella tropezó hacia atrás en un intento de esconderse, pero todo lo que logró hacer fue golpear una estantería.

“¡Maldita sea, déjeme en paz!” bramó el duque, levantando la cabeza ante el ruido.

Volviéndose por completo, Isabel salió corriendo de la biblioteca. Antes de que pudiera llegar a la puerta, una mano se aferró a su brazo y la detuvo. Hizo una mueca y miró al duque.

“Perdóneme” dijo ella con mansedumbre.

“No”. Le soltó el brazo. "No, perdóneme. Pensé...” resopló. "Pensé que era Timms. Tampoco es que deba gritarle”.

"Lo he molestado. Lo veo. Lo siento. Simplemente..." Se dió la vuelta.

“Espere”. Juntó las manos detrás de la espalda. “Quería ver la biblioteca, ¿verdad?”

Ella asintió lentamente.

Le ofreció el brazo. "Venga entonces, déjeme mostrársela bien".

Capítulo Octavo

Wilde le había ofrecido el brazo por costumbre. Aunque era un hábito que no había usado en mucho tiempo. No le había dado importancia. Ninguna en absoluto.

Hasta que ella pasó su brazo por el suyo.

Han habido momentos en su pasado en los que había participado en muchas actividades sórdidas. Visto suficiente carne femenina para que le durara muchas vidas. Él también había tocado lo suficiente. Sin embargo, nada se compara con la sensación del brazo de una mujer a través del suyo. No, no cualquier mujer. El de Isabel.

Ese simple gesto de confianza hizo que su corazón se acelerara como caballos al galope. Deseaba poner la otra mano sobre los dedos cuidadosamente enroscados que rodeaban su antebrazo tan perfectamente, pero no tenía el valor de hacerlo.

Cobarde, se regañó a sí mismo. Siempre había sido un cobarde.

La condujo al rincón más alejado de la biblioteca, donde estaban la chimenea, su silla y su mesa.

Volviéndose, hizo un gesto hacia la vasta habitación. "Esta es la mejor vista de la habitación".

Wilde no pudo evitar mirar la biblioteca, con los ojos muy abiertos. Giró la cabeza de un lado a otro, la inclinó hacia arriba para mirar los estantes superiores. Luego volvió a mirar su rincón de lectura.

“¿Aquí es donde lee?” Ella retiró el brazo de él y tocó el libro abierto que había sobre la mesa.

"Tiene la mejor luz, la mejor vista y es el lugar más cálido".

"Es perfecto", suspiró. "Simplemente perfecto". Sus ojos brillaron con tanta emoción que él olvidó su decepción por no estar ya sosteniéndola del brazo.

"Es mi lugar favorito para estar", aceptó.

“¿Pasa la mayor parte del tiempo aquí?”

Él asintió. Todo, a decir verdad. Si no estaba durmiendo, estaba aquí. A veces incluso se quedaba dormido en la silla. Ningún otro lugar le proporcionaba la sensación que podía lograr aquí. En la biblioteca, ya no era una bestia que mataba a su esposa. No era horrible ni deforme. Una vez que se adentraba en esos libros, era todo lo que quería ser. Guapo otra vez. Aventurero. Valiente y fuerte. Honorable. En realidad, nunca había sido nada de eso, aparte de guapo, ni siquiera antes del accidente. Le había llevado un tiempo darse cuenta de que su indulgencia con el estilo de vida libertino había sido una cobardía, una falta de voluntad para asumir sus deberes y tener éxito con ellos.

Bueno, había pagado caro su arrogancia y comportamiento cobarde. Ahora solo se aventuraba a través de las páginas de un libro o encontraba el amor a través de los ojos de un héroe en las páginas.

Amor.

Frunció el ceño para sí mismo. No creía que se hubiera dado cuenta de que se lo estaba perdiendo antes. No hasta...

Wilde la observó una vez más. Era adictivo, mirar el arco de su cuello mientras miraba boquiabierta los estantes y pasaba los dedos por las tallas ornamentadas de cada pilar.

"Esto es hermoso". Su mirada finalmente se encontró con la de él. "Había oído que tenía una de las mejores bibliotecas de Inglaterra, pero nunca podría haberlo imaginado..." Ella sonrió.

“¿Cuántos libros tiene?”

"No podría decirlo con certeza. No los hemos contado durante generaciones. Mi bisabuelo empezó la colección con unos cinco mil".

"Vaya. Eso me mantendría ocupada para siempre. ¿Tiene un libro favorito?"

“Muchos”. Sintió que una sonrisa se dibujaba en su rostro, contra su voluntad. Su entusiasmo por los libros y su biblioteca era contagioso. "*Sin embargo, el Conde de Montecristo* es uno de mis favoritos". Dio unos golpecitos al libro en cuestión, que tenía en un estante cerca de su lugar de lectura para facilitar el acceso. "Guardo aquí los libros que volveré a leer".

La señorita Beaumonte se acercó a su lado y miró los títulos. "He leído algunos de estos, pero otros no. Mi padre me compra libros cuando puede, pero no son fáciles de conseguir en nuestra tranquila parte del país".

Él trató de no pensar en sus palabras de anoche. El simple hecho era que nunca podría regalar ninguno de estos libros. Sería como... como regalar un ladrillo en la pared. O un órgano vital. Estos libros pertenecían aquí, a esta biblioteca.

"¿Tiene un libro favorito?", preguntó rápidamente.

“*Evelina”* dijo ella con firmeza, con la mirada entretenida-.

“Ah. Una historia de amor y sociedad".

"Lo leí cuando era una niña que visitaba a mi tía. No pude evitar amarlo".

“Es usted una romántica, señorita Beaumonte”.

"Debería llamarme Isabel. Y, aunque creo que todas las chicas son románticas, fue el humor lo que disfruté".

“¿El humor?”

“¿No lo ha leído, Su Excelencia?”

"Debo confesar que no lo he hecho. Pensé que era literatura de mujeres".

“¿Y por lo tanto no puede leerlo?” Sonrió coqueta.

"Bueno, simplemente no tengo una copia. O al menos, no creo que lo haga".

“¿No tiene registro de los libros?”

Sacudió la cabeza. "Mi bisabuelo comenzó a registrarlos, pero su colección creció demasiado rápido y su padre y mi padre estaban demasiado ocupados para intentarlo".

"Apuesto a que tiene algunos libros raros aquí. Sería maravilloso si pudieras hacer un registro de ellos".

“Tal vez lo intente, Isabel”. Probó su nombre deliberadamente, para ver cómo se sentía.

Demasiado bueno, descubrió. A ella también le gustó. O al menos eso creía. Ella le lanzó una sonrisa y sus ojos brillaron aún más. Echando un vistazo a su libro abierto, dio un gran suspiro.

"¿Puedo llamarlo por tu nombre de pila?"

Gruñó. "Llámeme 'la bestia'. Todos los demás lo hacen".

"No sea ridículo. Supongo que tendré que llamarlo «el duque» para siempre”.

Se encogió de hombros.

“Debería dejarlo con su lectura”.

“No” soltó. "Quiero decir, ¿por qué no se une a mí?" Cogió una silla de la otra esquina de la biblioteca y la arrastró. "No me molestaría. Estoy seguro de que es una lectora tranquila".

Su sonrisa se convirtió en un amplio destello de dientes, como un niño al que acaban de ofrecer dulces. La mirada era tan encantadora que sintió el impulso infalible de caer a sus pies y ofrecerle su alma o cualquier otra cosa que ella quisiera. Incluso, tal vez, un libro.

Sacudió la cabeza para sí mismo. No, nunca un libro. Cualquier cosa menos un libro.

De hecho, Isabel demostró ser una lectora tranquila. De hecho, ella no era una molestia en absoluto. Había algo ligeramente reconfortante en su tranquila presencia y en la forma en que se movía por la biblioteca. Incluso si eso significaba que no podía concentrarse en su libro. No importaba lo absorbentes que fueran las palabras, se encontraba observándola mientras subía las escaleras para mirar los libros o cuando se llevaba el pulgar a la boca cuando pasaba una página.

Por primera vez en mucho tiempo, algo más que los libros captaron su interés. Era inquietante y, sin embargo, agradable. Muy poco podía distraerlo en su vida pasada y actual, y cuanto más se distraía Isabel, más tenía que preguntarse si todo valía la pena.

Si permaneciera aislado por el resto de su vida y evitara los chismes y comentarios crueles, ¿valdría la pena? ¿O se lo merecía todo por lo que le había hecho a su esposa? Siempre lo había pensado, pero Isabel lo hacía pensar de otra manera. ¿No era suficiente la pérdida de su vista, de su aspecto, de su confianza?

Todavía reflexionaba sobre esto cuando Timms y Lighthall entraron con el almuerzo. Cargados con bandejas y una jarra de limonada, era evidente que se habían esforzado demasiado por el bien de Isabel más de lo que habrían hecho por él. Delicados sándwiches y pasteles se amontonaban junto a pasteles que goteaban azúcar y miel.

“La señora Potter ha estado ocupada” comentó Wilde, con tono seco.

La señora Potter era una excelente cocinera, pero rara vez tenía tiempo para crear tales banquetes. Aparentemente, estaba ansiosa por impresionar a su invitada.

Tontamente, descubrió que él también lo estaba.

"La señora Potter asumió que tendría hambre después de su, hmmm, desayuno ligero", dijo Lighthall, colocando una bandeja sobre la mesa.

Isabel contempló el festín. "Esto se ve maravilloso. Tendré que darle las gracias más tarde.”

“Al igual que yo, por lo que parece” añadió Wilde. Aunque no estaba seguro de si realmente debería hacerlo. Al fin y al cabo, sus entrometidos sirvientes estaban haciendo todo lo posible para asegurarse de que Isabel disfrutara cada segundo de su tiempo allí, y él tenía una buena idea de por qué.

Sin embargo, no tenía sentido. Isabel se iría tan pronto como el tiempo se despejara y pronto se olvidaría de él. Nunca más la volverían a ver.

Volvió a guardar el libro que había estado sosteniendo y se sentó junto a él en la silla que él había colocado para ella.

"Un picnic en una biblioteca", exclamó, "qué maravilloso".

Timms miró a Wilde. Era el tipo de mirada que decía que *ella era única, que era maravillosa. No estropees esto.*

Wilde resopló. No necesitaba estropear esto. No había nada que estropear. ¿Por qué iba a considerar que una mujer hermosa y encantadora como Isabel estaría interesada en la compañía de un duque medio ciego y cansado del mundo con poco que recomendarle, excepto una excelente biblioteca?

Timms terminó de arreglar la mesa a su gusto y se llevó las bandejas. “¿Necesita algo más, Su Excelencia?”

“No, eso será todo”. Hizo un gesto desdeñoso con la mano. Cuanto antes los sirvientes los dejaran en paz, mejor. Podía prescindir de que observaran sus torpes intentos de cortesía. Más de una década de aislamiento no le hacía muchos favores a uno cuando se trataba de una compañía educada.

"No lo encontré, ¿sabe?", declaró Isabel mientras tomaba un sándwich.

“¿Encontrar qué?”

“Evelina”.

"Es muy posible que no esté aquí. Si estuviera, le llevaría toda una vida de búsqueda encontrarlo".

"Toda una vida en esta biblioteca. Qué maravilloso suena eso".

Él soltó una risita y ella levantó la mirada hacia él como sorprendida por el sonido. "He tenido casi media vida aquí. No creo que sea de las que permanecen enclaustradas en una habitación durante mucho tiempo”.

"Admito que hay algo perfecto en leer al aire libre". Miró por la ventana. "Cuando hace buen tiempo, por supuesto". Tomó un sorbo de limonada. “¿Alguna vez lee afuera?”

“Nunca”.

"Debería. La luz del sol es una cura maravillosa para..." Cerró la boca con fuerza.

“¿Para qué?”

“Bueno, la melancolía”.

“¿Cree que soy melancólico?”

Ella se encogió de hombros. "No soy médica".

“Si fuera mera melancolía, me alegraría, Isabel. Pero cuando uno es maldecido con una cara como esta, hay más que eso".

"Tiene miedo de que la gente lo vea", afirmó.

"*No soy yo* el que tiene miedo". Levantó los hombros. ¿Cómo podía entenderlo esta mujer? Si algo era aterrador, era eso.

"¿Así que no le importaría que la gente lo viera? Sería de gran ayuda, ya sabe, para disipar todos los rumores".

Sacudió la cabeza. "Me importan poco los rumores o los chismes tontos. Prefiero quedarme en mi biblioteca que tratar con tontos que no pueden distinguir entre una historia y un hecho".

"Creo que debe importarle o de lo contrario no se escondería".

"No me escondo", espetó. "Simplemente elijo disfrutar de mi propia compañía. ¿Es eso tan extraño?"

Ofreció una sonrisa que hizo que cualquier molestia se desvaneciera. "En absoluto. También me gusta bastante mi propia compañía. Sin embargo, es agradable cuando uno encuentra a otro cuya compañía también puedes disfrutar, ¿no es así?"

Lanzó un gruñido y mordió agresivamente un pastel. Si estaba tratando de inferir que le gustaba su compañía, tenía que estar mintiendo. Ninguna mujer había disfrutado de su compañía en mucho tiempo. Isabel no era diferente.

Capítulo Nueve

“Hay sol” le dijo Isabel a la señora Potter mientras el ama de llaves entraba en su habitación.

Un poco más preparada que la mañana anterior, Isabel se había lavado y vestido antes de que la señora Potter pudiera despertarla. No quería que la pobre mujer se esclavizara más de lo que ya lo hacía. Sin duda, las cenas y los deliciosos almuerzos ocupaban todo su tiempo sin un equipo de camareras de cocina que la ayudaran.

“Sí, así es, mi amor”.

El sol de la mañana entraba a raudales por la ventana, dejando un delicado dibujo de arco iris en la cama. Al principio, Isabel había estado encantada de despertar ante semejante espectáculo. Eso fue hasta que se dio cuenta... Tendría que irse.

¿Cómo podía irse tan pronto? No después de ayer, no después de haber echado un vistazo al hombre detrás de estas elegantes paredes.

“Será mejor que le revise la pierna” ofreció la señora Potter después de arrojar el contenido del lavabo por la ventana y colocarlo junto a la puerta.

"Acabo de echar un vistazo rápido y todo se ve bien".

La mujer hizo una pausa y la miró. Inclinó la cabeza.

“¿Qué sjucede?” preguntó Isabel.

"Se ve un poco pálida. Debería comprobarlo, solo para estar segura".

“Oh, muy bien”. Isabel se dejó caer en la cama y se subió las faldas. “Creo que se dará cuenta de que es bastante...” la señora Potter respiró hondo y dejó helado el corazón de Isabel. Se aferró a la ropa de cama que tenía a su lado. “¿Qué sucede?”

“Ya lo he visto antes”. La señora Potter frunció los labios. "Oh, Dios mío, sí. Lo reconozco".

“Señora Potter” suplicó.

"No es peligroso. Al menos mientras descanse. Pero no hay que mojarse. Oh, Dios mío, no. Ni dejar que las vendas la rocen. Caminar está fuera de discusión, sin duda".

Isabel frunció el ceño. “No puede ser tan malo, ¿verdad?”

"Si no lo trata con cuidado, infectará".

"Pero se veía bien".

La señora Potter sacudió la cabeza y volvió a colocar el vendaje sobre el corte. "Las apariencias engañan. He visto esto antes. Es mejor que descanse, mi amor". Le dio unas palmaditas en la mano a Isabel. "Quedarse un día más o menos. No hace la diferencia".

“Pero...”

“Su Gracia nunca se perdonaría a sí mismo que usted se desplomara solo porque no la cuidó después de lo que pasó en el jardín”. La señora Potter se estremeció. "Oh, Dios mío, no. Sería su perdición, sin duda.

"Bueno, yo..." Isabel echó un vistazo a la habitación. No era que quisiera irse, pero ¿cuánto tiempo podría quedarse? Estaba llegando al punto de ser grosera, ¿verdad?

“Quédese” insistió el ama de llaves.

“Supongo que debo hacerlo”.

La señora Potter le sonrió. "Excelente. Prepararé una deliciosa cena llena de alimentos abundantes para asegurar su completa recuperación".

Antes de que el ama de llaves se fuera, Isabel la llamó por su nombre. "Dijo que no puedo

caminar. ¿Se me permite entrar al menos en los jardines?”

"Oh, sí, efectivamente. Pero no viajes largos. Los de una milla o dos. Un pequeño paseo por el jardín no hará daño".

“¿Así que nada de viajes largos como el viaje al pueblo, tal vez?”

“Efectivamente”. La señora Potter frunció el ceño. "Creo que escucho a Lighthall llamándome. Vaya y disfrute del sol".

Isabel miró la puerta en la que había estado la señora Potter. El ama de llaves había hablado de que Isabel se enamorara del duque, pero Isabel no se lo había tomado en serio. Sin embargo, parecía que la mujer estaba haciendo todo lo posible para mantenerla aquí. ¿Todavía tenía esperanzas de que tal cosa pudiera suceder?

Era un pensamiento absurdo. Ciertamente, era más amable de lo que parecía al principio. Y más guapo en realidad. Compartía su amor por los libros, lo cual era una rareza en los hombres que conocía. Pero nada de eso importaba. El duque no quería una esposa. Una vez que ella se hubiera ido, él estaría feliz de encerrarse en la biblioteca y quedarse solo por el resto de su vida, de eso estaba segura.

Se calzó los zapatos, comprobó su reflejo y bajó las escaleras. ¿Se habría levantado el duque? No lo vio en la sala de desayunos y el señor Lighthall todavía estaba preparando la comida de la mañana. Bien podría estar en la biblioteca, pero ella lo dejaría en paz por un tiempo. Se lo merecía después de su paciencia con ella ayer. Era evidente que todas esas preguntas lo habían hecho sentir incómodo, pero ella había continuado, indagando hasta que vio dolor en su rostro. Qué grosera podía ser. Teniendo en cuenta que lo había llamado bestial, a veces tenía que preguntarse a dónde habían ido a parar sus modales.

“Buenos días, señorita Beaumonte” la saludó Timms mientras salía del salón y se dirigía al pasillo.

“Buenos días, señor Timms, ¿cómo está usted esta mañana?”

“Bien, de hecho. Aunque... acabo de enterarme de que el río se ha desbordado. El camino hacia el pueblo es aparentemente intransitable".

Isabel miró al mayordomo y notó un poco de sudor en su frente. Su bigote se había crispado. “¿Es verdad? ¿Dónde ha oído eso, señor Timms?”

"De, hmm, uno de los repartidores. Sí. Eso fue todo". Esbozó una sonrisa. "Parece que tardará unos días en bajar".

“¿Así que supongo que no podré viajar a casa durante unos días?”

“Exactamente. Lo mejor es que se quede aquí. No querríamos que la llevara el agua ahora, ¿verdad?”

"En absoluto", aceptó ella. Hizo un gesto de mirar por la ventana delantera. "Pensé que podría tomar un poco de aire antes del desayuno".

"Los jardines traseros son los mejores para dar un paseo. Apenas son lo que eran, pero son más fáciles de transitar. Solo pase por el salón de baile". Señaló una puerta más allá de las escaleras.

“Gracias, señor Timms”.

Isabel siguió sus instrucciones y se encontró en lo que una vez había sido un gran salón de baile. Sacudió la cabeza ante la conversación que acababan de tener. El río cerca de la aldea no se había desbordado ni una sola vez desde que ella vivía allí. Dudaba mucho de que se hubiera inundado ahora. Al parecer, el mayordomo también estaba interesado en que se quedara.

Un piano yacía debajo de una sábana en un rincón. Varios espejos largos se alineaban en las paredes para que los bailarines y los invitados pudieran verse a sí mismos y a los demás. Si

cerraba los ojos, podía imaginar a hombres y mujeres con sus mejores galas arremolinándose por la habitación. Tres candelabros colgaban del techo, desprovistos de velas. Qué lástima que un espacio así ya no se utilizara. Esta casa pedía invitados, luz y risas.

Cuatro puertas dobles se extendían por un lado, dejando entrar el sol de la mañana. En las noches ocupadas en la casa, es probable que se dejaran abiertas para que la habitación no se calentara demasiado. Probó con la primera puerta, pero estaba atascada o bloqueada. La segunda se abrió con un poco más de facilidad.

Salió a un patio que estaba abarrotado de hojas caídas del otoño y el invierno. A cada extremo había unas cuantas macetas de piedra, una de ellas con un árbol de aspecto miserable. Al resto del jardín no le iba mejor. Lo que una vez había sido un área cuidadosamente recortada y cuidadosamente planificada, ahora estaba cubierta de maleza salvaje. Los macetones ya no mantenían su forma original y las malas hierbas brotaban en cada rincón, tragándose lentamente la elegancia.

“¡Buenos días, señorita Beaumonte!”

Con una mano en el pecho, Isabel se giró para ver al señor Lighthall doblar la esquina de la casa, con varios paquetes envueltos en papel marrón en la mano. "Se levanta temprano".

"La luz del sol me despertó. Pensé que sería mejor disfrutarla mientras durara".

“Oh, sí”. El señor Lighthall miró al cielo. "Estoy seguro de que no durará. Vendrán muchas más tormentas. Puedo sentirlo en mis huesos. Pésimo tiempo para viajar".

Ella se resistió a soltar una risita. Los tres sirvientes eran terribles mentirosos y terriblemente poco sutiles. Sin embargo, no pudo evitar admirar su persistencia. Por alguna razón, habían decidido que ella era la indicada para su amo. Ella odiaría decepcionarlos, pero había poco que se pudiera hacer allí. No se puede obligar a dos personas a enamorarse.

Isabel alzó la vista hacia el cielo azul. Salpicado de apenas dos nubes, parecía como si cualquier amenaza de lluvia hubiera pasado por completo. “Me parece bastante despejado”murmuró.

"Mis huesos nunca mienten", advirtió. “De todos modos, espero que esté lista para una suntuosa comida esta noche, señorita Beaumonte. La señora Potter trabajó hasta altas horas de la noche para preparar un verdadero festín”.

"Oh, Dios mío, realmente no necesita hacer tanto esfuerzo por mí".

"Ella lo disfruta, estoy seguro. Estoy seguro de que usted también lo disfrutará y eso hará que todo el esfuerzo valga la pena".

Ella asintió. “Sí, señor Lighthall, estoy segura de que lo haré”.

“¿Así que se queda a cenar entonces?”

"Lo hago. La señora Potter dijo que mi pierna no está lo suficientemente curada como para viajar a ninguna parte. Y el Sr. Timms mencionó que el río estaba desbordado. Parece que debo quedarme uno o dos días más”.

“Vaya. ¿Eso dijeron? Ya veo”. Se puso de pie. "Excelente. Quiero decir, bueno, me alegro de que se quede. No sería bueno que se fuera caminando a casa si todavía no se encuentra bien".

“No, aparentemente, no lo sería". Echó un vistazo a los paquetes. "¿Puedo ayudarlo con eso?"

"Oh, esto... no, no, ni en sueños. Será mejor que me ponga a trabajar. Buenos días, señorita Beaumonte”.

“Buenos días, señor Lighthall”.

El lacayo entró corriendo en la casa y ella hizo una mueca divertida. Debería estar molesta, seguramente, por sus manipulaciones, manteniéndola prácticamente prisionera en esta casa, pero

no sentía ninguna necesidad urgente de volver a casa.

Aparte del hecho de que probablemente iba a volver loco al duque con sus preguntas en poco tiempo.

Hizo una pausa en su viaje al jardín cuando notó que el señor Lighthall había dejado caer un paquete en el suelo del salón de baile. Lo levantó y corrió en la dirección en la que él se había dirigido. El pasillo estaba vacío, pero las voces emanaban de abajo.

Con el paquete en la mano, se tomó un momento para echar un vistazo a la dirección que aparecía en él. Era la dirección de un aldeano: el viejo señor Grant, que vivía en la cabaña al final del pueblo. ¿Por qué el Sr. Lighthall tenía un paquete para el Sr. Grant?

Isabel se apresuró a bajar las escaleras y encontró más paquetes apilados sobre la mesa de la cocina. La señora Potter estaba de espaldas a Isabel y envolvía más paquetes en papel de estraza y cuerda, mientras se veía al señor Lighthall a través de la puerta abierta del cuarto de servicio. Se metió por la entrada y se detuvo cuando la vio.

“Ah, señorita Beaumonte”.

"Dejó caer esto". Dejó el paquete sobre la mesa y miró las otras direcciones. Todos los paquetes eran para la gente del pueblo. “¿Qué es todo esto?”

La señora Potter intercambió una mirada con el señor Lighthall, que asintió levemente. "Estos son regalos para los aldeanos", admitió la señora Potter. "Su Gracia les envía comida y todo lo demás cada mes más o menos".

Isabel parpadeó y levantó otro paquete para ver el nombre cuidadosamente entintado en él. "Pero... A Su Gracia no le gustan los aldeanos”.

Una sonrisa cruzó el rostro de la señora Potter. "A él no le gustan, sí. Pero tiene el deber de cuidarlos. Esta es la única forma en que él sabe hacerlo".

"¿Saben los aldeanos que son de él?" preguntó Isabel.

El señor Lighthall alzó un hombro. "Estoy seguro de que están agradecidos por la ayuda. Su Gracia los envía a los miembros más pobres de la comunidad para ayudarlos en los momentos difíciles".

Isabel abrió la boca y volvió a cerrarla. Acababa de saber que había algo más en el duque de lo que parecía a primera vista, y tenía razón. Dentro de ese duro caparazón había alguien que se preocupaba mucho más profundamente de lo que le gustaba admitir por los demás.

"Nunca he oído hablar de donaciones de extraños en el pueblo", reflexionó.

“Si estuviera en el extremo de recibir caridad de Dios sabe quién, ¿hablaría de ello?” señaló la señora Potter, apilando el siguiente paquete sobre la mesa.

"Deberían saberlo. ¿Creen que deberían hacerlo?” Isabel desvió la mirada entre los dos criados. "Es muy amable con ellos y no tienen ni idea. Si lo supieran, lo aceptarían de vuelta al pueblo, estoy seguro de ello".

El señor Lighthall negó con la cabeza. "Su Gracia desea que sus acciones permanezcan en secreto y así es como deben permanecer".

Isabel volvió a mirar todos los paquetes y suspiró. "Es demasiado terco para su propio bien".

“Yo...” la señora Potter se quedó paralizada y miró hacia detrás de Isabel.

Girando sobre sus talones, se encontró frente a un pecho ancho. Levantó la mirada hacia arriba y hacia arriba para encontrarse con la intensa mirada de ese único ojo.

“Señorita Beaumonte, usted sigue aquí”.

Respiró hondo al oír la voz profunda, con el corazón latiendo con fuerza. Pero no con miedo o sorpresa. Era emoción, se dio cuenta.

Su ropa parecía más prolija que de costumbre. Sus habituales galas desgastadas tenían un aspecto fresco, aunque, según alguien como Garth, probablemente estaban años pasadas de moda. El efecto de la chaqueta bien cortada y el chaleco oscuro forrado con botones dorados fue algo que hizo que su corazón siguiera saltando. También se había recogido el pelo hacia atrás y se había arreglado la barba. Tal vez no era del todo guapo en el sentido tradicional, pero nadie lo confundiría con una bestia ahora, ¿verdad?

"Todavía estoy aquí", confirmó.

¿Sus ojos la engañaban o él sonreía? Miró más de cerca. No, sus ojos no mentían. De hecho, había una pizca de sonrisa debajo de esa barba.

"Había pensado que huiría tan pronto como se despertara con este clima".

"Me dijeron que el viaje sería imposible".

Una ceja se alzó. “¿Lo hicieron?”

"Sí. Aparentemente, todavía no estoy lo suficientemente bien ni el clima es lo suficientemente bueno. Los huesos del señor Lighthall lo dicen”.

El duque soltó una risita. “Ya veo. ¿Y no le importa estar aquí un poco más?”

“No”.

Sus ojos brillaron. Había sido deliberadamente contundente para ver su reacción y era todo lo que esperaba. Excepto que, ¿por qué esperaba que él quisiera que se quedara?

"Yo estaba sólo..." Hizo un gesto con la mano hacia los paquetes. hmm..."

“Timms dijo que iba a dar un paseo por el jardín, pero la encontré aquí”. Ignoró los paquetes como si no existieran. “¿Quizás no pudo encontrar su camino?”

"Bueno, es fácil perderse en esta casa".

Le ofreció un brazo. "Entonces permítame. Dejemos a la señora Potter y a Lighthall que se ocupen de su trabajo”.

Capítulo Décimo

Por segunda vez esta semana, Wilde descubrió que tenía a Isabel del brazo. Por segunda vez en más de una década, tenía a una mujer del brazo. No solo eso, sino que estaba paseando por los jardines cubiertos de maleza con ella como si fuera el anfitrión de una cena y no su anfitrión accidental debido a su lesión.

Sin embargo, su pierna parecía estar bien. El clima también era excelente. Hicieran lo que hicieran sus sirvientes, no podía encontrar en él la capacidad de discutir con ellos. No si eso significaba retener a Isabel aquí un poco más.

A pesar de sí mismo, empezaba a disfrutar de su compañía.

Siguieron el camino que conducía a la fuente. La maleza y la hierba crecida alfombraban el sendero y la vieja fuente parecía lamentable. Vacía de agua, la piedra tenía un tinte verde y la hermosa mujer que una vez había sostenido la concha marina era un espectáculo monstruoso con su nariz astillada y su decoloración.

“Nunca entro en el jardín” murmuró, como si eso fuera una excusa para su falta de cuidado.

"Me gusta bastante la naturaleza", dijo. "Mucho mejor que esos jardines formales donde todo es perfectamente cuadrado".

"Creo que hay naturaleza salvaje y luego está lo que tenemos aquí. No estoy seguro de lo que es".

"Una jungla, tal vez. Siempre me apeteció ir a la selva".

Él la miró de reojo. "Está siendo caritativa".

“Quizás. Pero no estaba mintiendo. Prefiero las flores silvestres y los arbustos".

No era como si no supiera que el jardín crecía a un ritmo alarmante o que uno podía perderse si se adentraba demasiado en él en su estado actual, sino que era más bien que no le importaba.

“Vaya”. Isabel soltó su brazo del suyo y se inclinó para ver algo. “Mire”. Señaló algo rosado. "Rosas silvestres. Qué hermosas".

Echó un vistazo a la planta en cuestión. “Así es”.

"Este jardín se vería maravilloso con más rosas silvestres".

A este paso, estaría dispuesto a cultivar varios acres de rosas silvestres solo para ver esa mirada excitada en su rostro una vez más.

“Tal vez Timms pueda encontrar a alguien que los cuide”.

"Sería una idea maravillosa".

"Por supuesto, no hay mucha gente que esté dispuesta a trabajar para la bestia de Blackmoor".

Ella se levantó y lo miró. "¿De verdad la gente no quiere trabajar para usted por ese horrible apodo?"

“Efectivamente. Me miran y salen corriendo".

"No me escapé por cómo se veía. Me escapé porque me gritó", señaló.

"Bueno, normalmente no les grito a los sirvientes. Pero, oh, nadie quiere trabajar para mí, grite o no”.

"Debe haber alguien".

Levantó un hombro. "La gente no quiere trabajar para mí y no puedo culparlos".

“A la señora Potter, al señor Timms y al señor Lighthall les gusta trabajar para usted”.

"Son viejos tontos".

"Que se preocupan por usted, claramente".

"Como dije, son tontos".

“¿Por cuidarlo?”

Él asintió.

"¿Por qué sería una tontería preocuparse por usted?"

"Créame, Isabel. No me lo merezco".

Levantó la barbilla. "No me lo creo ni por un momento".

No le diría que había sido un canalla arrogante y que se merecía todo lo que se le presentara. El tiempo entre ellos era demasiado precioso y no quería que lo arruinara el hombre que una vez fue.

Wilde le ofreció de nuevo su brazo, pero un grito le impidió tomarlo. Miraron en la dirección del ruido y vieron a Timms corriendo por los escalones. El mayordomo se detuvo cuando los alcanzó, luego se inclinó y respiró hondo antes de enderezarse.

"Hay..." Timms jadeó. “Aquí hay un hombre que la busca, señorita Beaumonte”.

“¿Un hombre?”

“Un señor Garth Legore”.

Isabel hizo una mueca. “Oh, no”.

Wilde se enderezó al instante. Sus músculos se tensaron. “¿Quién es?”

"Oh, nadie en realidad. Es del pueblo. El hijo del vizconde Thorndale.”

Wilde frunció el ceño. “Sí, lo recuerdo, aunque no era más que un niño la última vez que lo vi. ¿Por qué está aquí buscándola?"

"Probablemente desee ver cómo estoy. Me encontré con él en mi camino hacia aquí, así que probablemente supuso que todavía estaba aquí". Suspiró. “Será mejor que lo vea, o de lo contrario se convertirá en una plaga”.

Cogiéndola del brazo, Wilde la detuvo antes de que pudiera salir corriendo. “Si no quiere verlo, puedo enviarlo de regreso”.

Ella negó con la cabeza. "Es una plaga, pero es inofensivo".

“¿La ha molestado?”

“Bueno” bajó la mirada, “si me molestaran las interminables insinuaciones de querer casarse conmigo”.

Su piel ardía. Se le apretó el estómago. Quienquiera que fuera, no merecía la mano de Isabel. Ni siquiera necesitaba conocer al hombre para saberlo.

Isabel le dio unas palmaditas en la mano. "Lo enviaré de regreso, no se preocupe. Aunque, señor Timms, pensé que el río estaba inundado. Sin embargo, ¿llegó hasta aquí?”

La cara de Timms se puso roja de remolacha. "Yo, mmm, no estoy seguro. ¿Un barco, quizás? “

Isabel se echó a reír. “Quizás”.

Wilde se detuvo un momento antes de entrar en la casa. Timms lo esperó en el pasillo y sacudió la cabeza hacia el salón.

“Está ahí, Su Excelencia” susurró.

Incapaz de resistirse, miró por la puerta y vio a un joven caballero que se paseaba por la habitación. Vestido como si estuviera a punto de ir a Londres en lugar de cabalgando por el campo, Wilde sintió una antipatía instantánea hacia él.

Su antipatía aumentó cuando escuchó hablar al tipo.

"Isabel, te exijo que vuelvas a casa", le espetó Legore.

“¿Exiges?” Isabel se burló. “Garth, no eres mi padre”.

Oírla decir su nombre de pila hizo que a Wilde se le revolviera el estómago.

“Es inapropiado que te quedes aquí, Isabel” continuó Legore.

"El ama de llaves está actuando como mi doncella. No hay nada inapropiado. Me lastimé la pierna y todavía no puedo hacer el viaje a casa".

Wilde se acercó poco a poco para ver a Isabel. Permaneció de pie, con los hombros rígidos y los brazos cruzados.

“¿No lo entiendes?” preguntó Garth. "La gente pensará que eres... que estás arruinada. ¿Cómo puedo casarme contigo entonces?"

Isabel se echó a reír. “Garth, no nos vamos a casar”.

"Vendrás, lo sé. Serías una tonta si no lo hicieras".

Infló el pecho de una manera que sería cómica si Wilde no estuviera tan furioso. ¿Cómo se atreve este hombre a venir aquí y decirle a Isabel lo que tiene que hacer?

“Llámame tonta” replicó ella con ligereza.

“Isabel”. Wilde oyó una tensión en la voz de Garth que le hizo enderezarse. "Vendrás a casa conmigo de inmediato".

“No lo haré”.

Garth dio un paso adelante y, aunque Wilde no podía ver lo que estaba haciendo correctamente, escuchó a Isabel soltar un jadeo.

Sin perder tiempo, entró en la habitación. Garth tenía el brazo de ella agarrado en la mano. Una explosión estalló en el cerebro de Wilde. Agarró al hombre por la corbata y lo empujó contra una pared. Un jarrón se estrelló contra el suelo y se astilló.

"No la toque. Nunca más. ¿Lo entiende?” exigió Wilde mientras Garth tironeaba el agarre que lo sostenía de su corbata.

El hombre hizo gárgaras por un momento y luego asintió.

“No vuelva aquí” escupió Wilde. Soltó al hombre que se deslizó hacia la pared, con una mano agarrada a su cuello. "Fuera". Wilde señaló la puerta. "Ahora. Fuera".

Garth lanzó una mirada a Isabel, que se limitó a mirarle con una ceja levantada y luego se apresuró a salir. Oyó que Timms cerraba la puerta con un gran estruendo, probablemente tan contento como él de librarse de semejante hombre.

"¿Está bien?", le preguntó a Isabel.

Ella asintió y se dejó caer para recoger los pedazos del jarrón roto. “Muy bien. No me hizo daño".

"No debería haberla tocado". Apartó sus manos de los fragmentos. "No lo haga. Se cortará".

“¿Y usted no?” Su mirada se encontró con la de él, su rostro a escasos centímetros del suyo.

Él podía ver las manchas oscuras en sus ojos color avellana y algunas pecas tenues en su nariz. Girando la cabeza rápidamente, recogió algunos de los fragmentos más grandes y los deslizó en la base restante del jarrón. "No importa si lo hago".

"Por supuesto que sí". Ella le tomó la mano y el toque hizo que se le erizaran los pelos de la parte posterior de los brazos. "Odiaría verlo herido".

Ella sería la única entonces. Salvo de Timms, de la señora Potter y de Lighthall, supuso. El problema es que era una sensación demasiado agradable que Isabel se preocupara por él.

Capítulo Once

Aunque había pasado una noche entera desde la visita de Garth —si es así como se llamaba irrumpir y exigir que una volviera a casa—, Isabel aún no podía olvidar el incidente.

Mientras se lavaba para la cena, se tocó el brazo donde Garth la había agarrado. Quedaban pequeñas marcas donde sus dedos se habían clavado. No, en realidad no la había lastimado, pero cualquier hombre dispuesto a tocarla de esa manera no era amigo suyo.

Y, desde luego, no era candidato para el matrimonio, pero eso lo sabía desde hacía tiempo.

Si Garth tenía la intención de persuadirla para que regresara y se casara con él, su plan había fracasado. Sus acciones solo la habían decidido a asegurarse de que él supiera que nunca, nunca se casaría con él, y estuvo muy tentada de quedarse en Blackmoor por despecho.

Pero ¿qué pensaría el duque de eso?

Miró el vestido que la señora Potter le había preparado. No parecía uno de los prestados. En primer lugar, estaba más cerca de su tamaño y el material era más delicado, de un color amarillo pálido. Perfecto para su cutis. Era como si este vestido hubiera sido hecho para ella.

“Qué raro” murmuró para sí misma.

De hecho, el vestido le quedaba perfecto. Se permitió un poco de tiempo para admirarse en el espejo. Aunque tenía algunos vestidos finos, ninguno era como este. De dondequiera que la señora Potter lo hubiera desenterrado, tendría que darle las gracias.

Isabel arregló mucho su cabello y las mariposas bailaban en su estómago. Se dijo a sí misma que no tenía ni idea de por qué, pero la verdad era que estaba deseando ver al duque y quería impresionarlo. Después de ver huir a Garth, pasaron el resto de la tarde en los jardines y en la biblioteca. Todavía no lo sabía todo sobre él —desde luego, evitaba hablar de su pasado—, pero empezaba a verlo por lo que realmente era.

Suspiró. Un hombre dulce, amable e inseguro con un amor por los libros y un intelecto imponente que podía mantener a cualquier mujer interesada durante años.

Revisando su reflejo una vez más, bajó las escaleras. El señor Lighthall hizo una pausa cuando ella llegó al último escalón y le sonrió.

"Ah, *de toute beauté*. Magnífico. La señora Potter dijo que ese vestido le quedaría perfectamente y tenía razón”.

"Lo hizo. ¿Sabe de dónde salió? Es diferente al resto".

El señor Lighthall se inclinó. "Se ajustó un vestido que no le gustó a la duquesa. Nunca se lo puso, ya que no le quedaba bien, pero creo que le queda perfecto".

Isabel sintió que el color subía a sus mejillas. “Gracias, señor Lighthall. Y, por favor, agradézcale a la señora Potter si la ve antes que yo”.

"Estoy seguro de que subirá las escaleras en breve, simplemente para admirar su trabajo".

"Todos ustedes han sido extremadamente amables conmigo".

"Es un placer absoluto. Hemos disfrutado de tenerla aquí". Miró a su alrededor. “¿Debo suponer que se quedará un poco más? ¿Que su caballero amigo no la persuadió para que volviera a casa?

Isabel sonrió. "Bueno, el río está inundado, ¿no es así? Y la señora Potter ha estado trabajando muy duro en la preparación de la cena de esta noche. Por no hablar del estado de mi pierna. Me temo que debo quedarme un poco más”.

Los ojos del señor Lighthall brillaron. "Efectivamente, efectivamente. Tantas cosas para mantenerla aquí. Me alegro de que ese amigo no la haya persuadido de lo contrario”.

“Ese hombre no es mi amigo, señor Lighthall, se lo puedo asegurar. Su arrogancia no tiene medida y sus modales son absolutamente bestiales. Cuanto antes se olvide de mí, mejor".

El señor Lighthall se puso rígido e Isabel miró a su alrededor para ver lo que le había llamado la atención. “¡Oh, Su Gracia!”

El señor Lighthall hizo una reverencia. “Su Excelencia”.

Se apresuró a marcharse, dejándola sola con el duque en el pasillo. Un gran ceño fruncido le empañó el rostro, un rostro que ahora podía ver mejor, ya que se había recortado la barba y peinado el pelo hacia atrás.

"Si no quiere quedarse, no tienes por qué hacerlo. No tengo ningún deseo de tenerla prisionera y no es tonta, Isabel. Ahora podría viajar a casa con bastante seguridad".

Ella frunció el ceño. "Pero no quiero irme".

"Estoy seguro de que sí. ¿Por qué querría quedarse cerca de alguien que tiene modales bestiales?"

“Vaya. Dios mío, no. ¿Pensaba que estaba hablando de usted?”

El ceño fruncido del duque se profundizó. “¿De quién más estaría hablando?”

“De Garth, por supuesto” Ella dio un paso adelante y apoyó una mano en su brazo. "No creo que sea bestial en absoluto. En verdad, lamento profundamente esas palabras que pronuncié esa primera noche. Creo... Creo que me equivoqué bastante".

“¿Lo hizo?”

"Sí. Sí. Creo que eres el hombre más amable y gentil que he conocido. Estás lejos de ser bestial".

De repente le tendió la mano. "Venga conmigo".

Ella parpadeó, pero le cogió la mano. El gran calor por la cercanía se podía sentir incluso a través de sus guantes. Ese mismo calor se extendió por su pecho, haciéndola sentir un hormigueo por dentro.

El duque la condujo a la biblioteca. Como siempre, se había encendido el fuego y se habían preparado lámparas para cuando el duque se retirara a la habitación. Le soltó la mano para cerrar la puerta y luego la tomó una vez más para conducirla al lugar en el que siempre se sentaba. La silla que él había preparado para ella permanecía, vacía y esperándola. Un dolor creció en su pecho cuando consideró que esto no podía durar para siempre. Tendría que volver pronto a casa y no pasaría más días en esta biblioteca junto a este hombre intrigante.

Le soltó la mano y se volvió para mirar las estanterías. Esperó mientras él respiraba hondo y la miraba. "Tengo algo para usted".

“¿Para mí?”

Asintió con la cabeza, se acercó a una estantería y sacó un libro. Le temblaron un poco las manos cuando se lo entregó. Isabel miró el título y se quedó sin aliento.

"*Eveline*. ¡Lo encontró!"

"A mí, a Timms y a Lighthall nos llevó bastante tiempo".

"No puedo creer que lo haya encontrado". Abrió el primer capítulo y leyó las primeras líneas, recordando la voz profunda de su padre retumbando sobre las palabras. "Qué maravilloso. Tal vez pueda leer algo de él más tarde esta noche”.

"Quiero que se lo quede".

“¿De verdad?”

El duque asintió.

Apretando el libro contra su pecho, sonrió. "Gracias. Esto es maravilloso. Ahora tendré algo...”

“¿Algo?”

“Algo por lo que recordarlo” soltó antes de que le fallara el valor.

La tristeza parpadeó en su mirada. No podía estar segura de lo que había dicho mal. Tal vez no deseaba regalarle el libro. "Sabe que no tienes que darme esto. Sé cómo se siente con respecto a tus libros".

“¿Lo sabe?”

“Creo que sí”. Levantó la mirada hacia la fila superior de libros y siguió la fila alrededor de la habitación. "Este es su santuario. Aunque no estoy segura de qué está escapando”.

Se encogió de hombros. "La vida. La gente. Estos libros... Son mi protección".

“Y por eso comprendo por qué no querrías darme ninguno”.

Le apretó el libro contra el pecho. “No, deseo que se lo quede”.

Tragó saliva mientras escudriñaba las profundidades de su único ojo sano. El dolor que siempre parecía existir en su rostro persistía, pero ahora era diferente. Más crudo. ¿Por qué le ofrecía un libro si le causaba tanto dolor?

“Viene aquí para escapar de la memoria de su esposa, ¿no es así?”

Se apartó de ella y le habló al fuego. “En cierto modo”.

"¿Qué pasó?", preguntó en voz baja. "He oído rumores, pero no mucho". Desde luego, ella no le diría lo peor de los chismes.

Sus hombros subían y bajaban. Cogió el atizador que había junto al fuego y le dio un golpe, luego apoyó el brazo en la repisa de la chimenea y siguió observando las llamas.

"Ella murió por mi culpa. Yo la maté".

Isabel estudió su silueta y la forma en que el dolor lo había agobiado. No había ninguna posibilidad de que este hombre fuera un asesino despiadado. Había más que eso. Esperó.

El duque le devolvió la mirada y volvió la cara hacia el fuego una vez más. "Era una noche lluviosa, muy parecida a la que había cuando vino a verme. Demasiado lluvioso para viajar. Pero habíamos planeado ir a Londres y yo estaba ansioso por irme. Viviendo en esta casa... Vivir con mi esposa me aburría. Deseaba ir a coquetear con tantas esposas solitarias como pudiera..." Volvió a colocar el atizador en el gancho y se giró para mirarla. "No era un buen hombre, ni un buen marido. Era arrogante y grosero".

Ella dio un paso adelante, pero él levantó una mano.

"Esa es la verdad". Se pasó una mano por la barba y exhaló un suspiro. "Insistí en que viajáramos durante la noche, independientemente del clima o las advertencias. Nuestro carruaje resbaló en el barro y la rueda quedó atrapada. Se volcó y cayó en una zanja. Mi esposa murió instantáneamente y yo me quedé con esto". Se señaló el ojo. "Junto con algunos huesos rotos y moretones".

Isabel cerró los ojos momentáneamente. Cuando los abrió, dio un paso adelante y no dejó que él la detuviera. Le puso una mano en el pecho y sintió los rápidos latidos del corazón.

“Lo siento”.

"No merezco ninguna lástima. Fue mi culpa".

"Creo que ha pagado mucho por ello".

"La mayoría no estaría de acuerdo con usted". Esbozó una risa ronca. "Que me llamen bestia. Ser ridiculizado. Ver a los niños huir de mi aterrorizados. No es menos de lo que merezco".

Ella lo miró fijamente, deseando que viera lo que ella veía. Aquí no había ninguna bestia. Ningún hombre engreído que piensa sólo en sí mismo y en los placeres rápidos.

"Habla de ese joven arrogante... No lo veo aquí". Ella sonrió. “Lo sé, Su Excelencia. Sé

todo lo que hace por los aldeanos. Si tan solo supieran..."

Sacudió la cabeza. "No. Si lo supieran, nunca aceptarían la ayuda".

“Pero si sólo...”

Sonó el gong de la cena y el duque le ofreció el brazo. “Creo que será mejor que vayamos a comer o la señora Potter se quedará con nuestras cabezas”.

Isabel lo tomó del brazo, pero la idea había echado raíces. De alguna manera, los aldeanos tenían que descubrir quién estaba detrás de estos actos de caridad.

Capítulo Doce

“Timms, ¿ha visto a Isabel?” Wilde hizo una pausa, libro en mano, cuando el mayordomo entró en la habitación con una bandeja de té.

“No, Su Excelencia. No desde la comida de la mañana. Tal vez esté en los jardines. Es un día hermoso y soleado".

"hmm." Wilde inclinó la cabeza y miró el lomo de los libros que tenía delante. Sacó otro y lo añadió a la pila que había creado. “Será mejor que vaya a buscarla”.

“¿Está todo bien, Su Excelencia?” Timms echó un vistazo a la pila de libros que no le dejaba espacio para colocar la bandeja.

"Excelente. Todo está excelente, Timms”. Wilde volvió a centrar su atención en los libros. Por ahora, solo podía darle unos pocos. Sin un carruaje que los llevara de regreso, ella dependería de la fuerza de sus brazos y él no la sobrecargaría. Tal vez podría arreglarle un carruaje.

“Excelente” repitió Timms. "Todo está excelente". Volvió a mirar la pila de libros. “Tal vez debería volver más tarde con el té”.

“Sí, gracias, Timms. Eso sería excelente".

“Excelente” repitió una vez más el mayordomo cuando giró sobre sus talones y sacó la bandeja de la habitación.

Wilde sabía que estaba actuando de manera extraña. La verdad era que se sentía extraño. Pero de una manera maravillosa, no, ¡excelente! Después de su conversación con Isabel la noche anterior y la cena siguiente, se le había quitado un peso de encima. Isabel no lo veía como una bestia. Tal vez otros siempre lo harían. Pero mientras Isabel no lo hiciera, todo podía seguir bien en el mundo.

Se encontró a sí mismo tarareando mientras examinaba los estantes. ¡Tarareando! Apenas podía creerlo cuando hizo una pausa y se dio cuenta de lo que había estado haciendo.

“¿Su gracia?”

Se volvió y vio a Isabel en la puerta de la biblioteca. Él frunció el ceño. Había vuelto a la muselina del primer día, ahora limpia y reparada. No era que no se viera hermosa en él, pero era un recordatorio de que no pertenecía allí.

Él cambiaría eso. ¿Seguro que podría? Si él le ofrecía sus libros, ella se quedaría.

“Apenas la he visto esta mañana”. Se volvió para mirarla de lleno mientras ella se acercaba. Su corazón dio un vuelco salvaje.

"Estaba haciendo preparativos". Ella entrelazó las manos y él observó el movimiento. Una sensación de opresión brotó de su pecho.

“¿Preparativos?”

Ella asintió y ofreció una sonrisa amable. "Creo que es hora de que me vaya".

Bien podría haberle clavado una espada en las entrañas. Se esforzó por obtener una respuesta durante varios momentos. “Es lo que dije anoche, ¿verdad?” soltó, haciendo una mueca de dolor por lo patético que sonaba.

“No”. Sacudió la cabeza vigorosamente. “En absoluto”.

"Lo es. No me mienta, Isabel. Se ha dado cuenta de lo que todo el mundo sabe".

Isabel le tocó el brazo, un movimiento al que se estaba acostumbrando y que, sin embargo, hacía que todo su cuerpo ardiera al darse cuenta de ello.

"No estoy mintiendo". Su mirada se conectó con la de él, amplia, abierta y honesta. "Pero

creo que debo volver a casa. Hay cosas que debo hacer". Ella retiró la mano de su brazo y comenzó a retorcer las manos de nuevo. "Sin embargo, me gustaría... Es decir... Me preguntaba... si tal vez pudiera regresar. A visitarlo. Quizás".

La espada en sus entrañas desapareció. No la había asustado con su relato. De hecho, quería volver. Volver a él.

"Creo que debe hacerlo". Tragó saliva e hizo un gesto hacia la pila de libros. "Porque si no lo hace, ¿quién recogerá estos libros para su biblioteca?"

Sus ojos se abrieron aún más y una sonrisa se dibujó en su rostro. "¿De verdad?"

Él asintió. "Debo compartir estos libros con el mundo. Es injusto que un solo hombre los disfrute. Ahora me doy cuenta de eso".

"¡Oh, gracias!" Ella se abalanzó hacia adelante y le echó los brazos al cuello. El suave pero inesperado peso de su cuerpo le hizo retroceder un paso y la rodeó con sus brazos para evitar que se cayera.

Cuando ella le dio un beso en la mejilla, no había nada más natural que girar su rostro para recibir ese beso. Sus labios tocaron los suyos y se congelaron, pero solo por un momento. Él la abrazó con fuerza y ella se derritió en él, soltando un pequeño sonido de satisfacción mientras la besaba con más fuerza.

Acariciando su mejilla mientras terminaba el beso, presionó sus labios contra su frente y la mantuvo allí por un tiempo, simplemente absorbiendo la sensación de esta maravillosa mujer en sus brazos.

"Entonces volverás a mí" preguntó, en voz baja.

"Si usted lo desea, Su Excelencia".

"Deseo que lo haga".

"Entonces tema resuelto". Sintió su sonrisa contra la palma de su mano.

Una fuerte tos rompió el momento. Respiró hondo por las fosas nasales y se alejó de Isabel para mirar a Timms.

Las mejillas del mayordomo estaban teñidas de rojo. "Perdóneme, Su Excelencia. Parece que tenemos una multitud de visitantes, hmmm".

"¿Una multitud?" repitió Wilde.

"Sí, Su Excelencia". Timms miró a Isabel. "Ese amigo suyo parece estar guiándolos. Exige verlo, Vuestra Gracia".

"¿Garth?" Ella resopló. "No es mi amigo". Puso una mano en el brazo de Wilde. "Déjame hablar con él. Lo enviaré de regreso".

Wilde negó con la cabeza. "No después de cómo se comportó con usted la última vez. Claramente, no lo asusté lo suficiente la última vez. Tendré que hacerlo mejor".

Wilde se dirigió a la puerta principal, consciente de que Isabel y Timms le pisaban los talones. Apretando los dientes, abrió la puerta principal para ser confrontado por un grupo de hombres. Tomó nota de cada uno de ell0s. Siete en total. Todos jóvenes. Todos prácticamente se acobardaron al verlo. Aparte de Garth, que estaba al frente del grupo, su pecho se hinchó.

Y con una espada en la mano.

Wilde exhaló un suspiro. "Si quiere matarme, hay formas más fáciles de hacerlo".

Detrás de él oyó el jadeo de Isabel. Unos pasos que corrían por el pasillo le indicaron que la señora Potter había venido a ver de qué se trataba el espectáculo.

Garth alzó la barbilla. "Puede haber caminos más fáciles, pero ninguno tan honorable. Vengo aquí, Bestia" escupió, "para desafiarlo a un duelo". Alguien murmuró algo detrás de Garth. "Por el honor de Isabel" añadió, por supuesto. Lo empujó con un dedo a Wilde. "La ha

deshonrado al mantenerla aquí. Lucho por ella".

Isabel trató de pasar a Wilde, pero él se mantuvo firme, obligándola a permanecer detrás de él. No había ninguna posibilidad de que la dejara acercarse a este tonto mientras tenía una espada en la mano.

“No quiero que nadie luche por mí” declaró detrás de él, pero Wilde la ignoró.

“Es hora de que alguien le dé una lección a este tipo” murmuró en dirección al grupo de sirvientes e Isabel.

"¡Él podría matarlo!" declaró Isabel, mientras la señora Potter asentía frenéticamente.

"Estoy un poco fuera de práctica, pero solía ser hábil con la espada". Hizo un gesto con la cabeza a Lighthall. "Tráeme mi espada".

La muchedumbre de hombres que se hallaba en el umbral de su casa estalló en un excitado bullicio. Garth lo miró. "Al menos tiene algo de honor, Bestia. Había pensado que podría rechazarme”.

Wilde señaló el terreno abierto, donde el río lo atravesaba. "Allá. Ese es el mejor lugar para un duelo".

“¿A muerte?” preguntó Garth.

“¿Querías otra cosa?”

"Por supuesto que no. Ha atormentado esta aldea el tiempo suficiente con sus formas bestiales. Tomar a Isabel como rehén fue su mayor error. Merece morir por lo que ha hecho".

"En algún momento podría haber estado de acuerdo con usted". Wilde cerró la puerta en su cara y se volvió para enfrentarse a la gente que tenía delante, que le miraba como si se hubiera vuelto loco.

"No puede luchar contra él". Isabel lo agarró del brazo. "Es un excelente espadachín. Entrena regularmente".

"Yo también lo soy, por suerte. Estoy fuera de práctica, eso lo admito, pero espero que su entrenamiento sea un poco diferente a cómo me entrenaron a mí. Peleé lo suficiente en mis años de juventud como para aprender un poco más sobre la lucha que simplemente clavar una espada en el salón".

Los ojos muy abiertos de Isabel le suplicaron. "Por favor. No podría soportarlo..."

Wilde se llevó una mano a la cara, sin importarle que tuviera una audiencia para sus afectos o que los tres sirvientes hubieran pasado de estar aterrorizados por él a radiantes de placer.

"No me hará daño. Tampoco lo mataré. Tengo poca intención de hacer honor a mi nombre. Pero hay que darle una lección. No puede ir por ahí diciendo que está arruinada y salirse con la suya".

Ella negó con la cabeza. "Me importa poco mi reputación. No cuando su vida está en juego".

"Puede que no, pero a mí sí. Debo protegerla". Le quitó la mano de la cara y miró a Lighthall con el ceño fruncido. “Mi espada, hombre. ¿Dónde está?”

“Su Excelencia...” empezó a decir el lacayo.

"Lighthall, traiga mi espada."

Los hombros de Lighthall se desplomaron y se alejó apresuradamente. La señora Potter se llevó una mano al pecho y sacó un pañuelo para agitarlo frente a su cara mientras Timms entraba en el salón y miraba por la ventana.

"Están casi listos", dijo el mayordomo. "Con toda esa compañía, me sorprendería que peleara limpio".

Wilde resopló. "Esos chicos no me asustan. Un gruñido mío y se dispersarán".

“Oh, Dios mío” gimió la señora Potter. "Oh, Dios mío, Dios mío. Serás apuñalado. O peor".

Dirigió su atención a la señora Potter. "¿Qué es peor que ser apuñalado?"

"¡Decapitado!", declaró.

“No me van a decapitar” dijo Wilde pacientemente.

Isabel le dio unas palmaditas en el brazo a la señora Potter, luego tomó a Wilde por el hombro y se inclinó hacia él. “No tiene nada que demostrarme” murmuró.

"No puedo retroceder en una pelea, Isabel. Sería cobarde".

"Pero estarías a salvo. Prefiero que parezca un cobarde antes que estar muerto”.

"No moriré. No seré señalado como un cobarde". Esbozó una sonrisa amable. "He pasado demasiado tiempo viviendo con miedo al mundo. Hoy me enfrentaré a él. Tengo que agradecérselo a usted".

"No se atreva. No quiero que me agradezca porque lo anime a batirse en duelo con un hombre.

"Todo irá bien, se lo juro".

Lighthall regresó con la espada de Wilde. Afortunadamente, había sido bien cuidada por el lacayo y estaba tan brillante como el día en que Wilde la había adquirido. Sin embargo, nunca había pensado que tendría que usarla. Hubo muchas ocasiones en las que se le habían sugerido duelos en el pasado, pero de alguna manera, siempre se las había arreglado para evitarlos. Hoy, sin embargo, no tenía intención de evitar nada. Durante demasiado tiempo había permanecido oculto, aterrorizado por el que pudiera decir la gente. Lo que sea que le tiraran... bestia, asesino de esposas, asesino... No quería que dijeran que se escapó de una pelea.

Capítulo Trece

Mientras se dirigían hacia el pedazo de tierra en el que se encontraban Garth y sus amigos, Isabel tuvo que juntar las manos para evitar que le temblaran. Ciertamente, el duque era más grande y más fuerte, pero había visto a Garth practicar su habilidad con la espada y era hábil. A muchas de las señoritas de la aldea les gustaba hablar de su talento, palabras que sin duda les había metido en la cabeza el propio Garth.

Pero también había que tener en cuenta a sus amigos. No confiaba en ninguno de ellos. Todos eran tan vanidosos y engreídos como Garth, y lo adoraban por el título que algún día heredaría. ¿Qué pasaría si uno de ellos decidiera dar un paso al frente por Garth?

Sin embargo, el duque no estaba de acuerdo. Probablemente podría caer de rodillas y rogarle que se volviera, pero, por desgracia, entendía muy bien por qué deseaba hacerlo.

Garth ya se había quitado la chaqueta y se paseaba de un lado a otro mientras se acercaban. Isabel aceleró el paso y se colocó frente a Garth. Hizo una pausa para inflar el pecho y ofrecer una sonrisa.

“Vete a casa, Garth” suplicó. "No hay necesidad de esto".

“Déjelo, Isabel. Me ha desafiado y no seré deshonrado", dijo el duque.

Garth sonrió. "¿Ves? La Bestia está sedienta de sangre. Déjame luchar contra él y darle una lección. Entonces volveremos juntos a casa y anunciaremos..."

“No volveré contigo” farfulló. "Garth, no tengo ningún interés en ti, ni en casarme contigo, ni siquiera en ir a casa contigo".

Garth se estremeció visiblemente. Enderezó los hombros al cabo de un momento. “Esta Bestia” apuntó su espada en dirección al duque “te ha puesto en mi contra. Por eso tiene que pagar".

"Por favor", intentó una vez más, "nadie tiene por qué salir herido".

Él sonrió. “No lo haré”.

“Isabel”. La señora Potter la cogió del brazo y se la llevó. “Estos hombres no la escucharán” susurró. "Que peleen. Su Gracia es un excelente luchador, pero no lo matará, puede estar segura de eso".

"Pero su vista..." Isabel aspiró lo que esperaba que fuera un respiro tranquilizador. "Sus ojos no son lo que eran cuando era más joven. ¿Seguro que eso no afectará su habilidad?”

La señora Potter se limitó a tomar la mano de Isabel y a estrecharla con fuerza. "Todo irá bien, mi amor".

Los segundos avanzaron e Isabel se esforzó por tragarse el nudo en la garganta. ¿Qué haría si el duque resultara herido? O peor aún, ¿asesinado? Acababa de conocerlo. Tenían mucho más que experimentar juntos. Charlas en la biblioteca, leer libros juntos... por qué había esperado incluso que, una vez que les contara a los aldeanos sus buenas acciones, él iría a la aldea con ella. Tal vez incluso asistir a una o dos asambleas. Se daría cuenta de que había muchas cosas de la vida que se estaba perdiendo. Quizás... Tal vez incluso la besaría de nuevo. Oh, Señor, ella tenía que orar para que él no se lastimara.

El duque se quitó la chaqueta, se la entregó a Timms y se arremangó. El Sr. Lighthall actuó como su segundo y Garth y el duque tomaron sus posiciones. Aquí, en la hierba abierta, al menos no había bancos de piedra para hacerlos caer, solo el río suavemente sinuoso que conducía al pueblo a su derecha. Si no fuera por el espectáculo que estaba a punto de tener lugar, sería un día maravilloso. Buen tiempo, libros para su biblioteca y un beso de un duque.

Todo podría salir terriblemente mal si el duque no mantenía la ventaja.

Garth dio un paso adelante primero, dando la primera embestida. La espada silbó en el aire y resonó contra la del duque. El aliento se detuvo en sus pulmones y agarró la mano de la señora Potter con más fuerza que nunca.

Los hombres se movieron de nuevo, de un lado a otro, con sus cuchillas metálicas cortando el aire. Cada choque entre ellos hacía que Isabel se estremeciera. El deseo de correr hacia adelante y pararse entre ellos para detener esta locura hizo que sus pies se contrajeran.

Pero se movían demasiado rápido. Los movimientos practicados de Garth eran rápidos y refinados. No le daba tiempo al duque para recuperarse. Se dio cuenta de que intentaba mantenerse a la derecha del duque, donde su vista sería peor. Se le secó la boca. Puede que el duque no tenga intención de matar a nadie, pero Garth... Ella no podía decir lo mismo. Lo más probable era que hiciera lo que creyera que debía hacer para salvar las apariencias.

El duque dio otra embestida, la espada pasó por el brazo de Garth y rasgó su camisa. La señora Potter jadeó. Garth se recuperó rápidamente de su conmoción y tomó represalias con fuerza. Sin embargo, su fuerza no era comparable con la del duque y el fuerte golpe no pareció molestar al duque.

En cada movimiento, vio su habilidad. El duque luchaba con movimientos más pesados y menos refinados, como los de un hombre que no había aprendido todas sus habilidades entrenando. Le daba una ventaja que hizo que el corazón se le atrapara en la garganta. Alzó la mirada al cielo. *Por favor, que todo esto termine pronto.*

Cuando el duque estuvo a punto de fallar de nuevo, su espada rozó el costado de Garth mientras esquivaba hacia atrás, su enemigo se movió más a la derecha. Sucedió en un rápido movimiento. Isabel vio el destello de luz en la otra mano de Garth cuando la sacó de su cinturón, y tardó un momento en darse cuenta de qué era lo que le había llamado la atención.

Un cuchillo.

En una mano Garth empuñaba una espada y en la otra, un cuchillo.

Garth deliberadamente dejó que el duque se acercara y luego esquivó su espada para poder acercarse con la daga. Isabel corrió hacia ellos antes de darse cuenta de que había empezado a moverse. En algún lugar a lo lejos, la señora Potter gritó su nombre.

"¡No!" Isabel gritó.

El duque giró la cabeza al oír su voz y, cuando Garth saltó con la daga, su cuerpo se retorció. Un rugido de dolor salió al duque cuando la daga se deslizó por su costado. Isabel se lanzó hacia delante, la desesperación abrasando su cuerpo, revelando más fuerza de la que jamás supo que tenía. Su cuerpo golpeó la espalda de Garth y el hombre tropezó, llevándose a Isabel con él.

Se alejó rápidamente y se puso en pie antes de que Garth pudiera recuperarse. Respiró hondo varias veces y alzó la mirada hacia el duque. Retiró la mano del costado e hizo una mueca ante la sangre.

Levantando su espada para apuntarla a Garth, dio unos pasos hacia adelante y sostuvo la punta de su espada sobre el hombre. Los ojos de Garth se abrieron de par en par y tembló visiblemente.

“Tienes mucho que aprender sobre el honor” dijo el duque.

“¿Qué quieres saber del honor, Bestia?” escupió Garth.

"Sé lo suficiente como para no llevar un cuchillo a una pelea de espadas". Le quitó la punta de la espada que le apuntaba y sacudió la cabeza en dirección a la aldea. "Si quieres vivir, te sugiero que te vayas ahora. No quiero volver a verte nunca más en mi tierra".

Garth lo fulminó con la mirada y se quedó de pie lentamente. Su daga y su espada estaban enterradas en la hierba, por lo que el duque hizo un gesto a su segundo para que las recuperara. Isabel se acercó al duque y le levantó la mano para mirar la herida.

"Solo un rasguño", le aseguró. "No hay daños graves". Volvió a poner la mano sobre el corte.

"Tonto", le dijo, con lágrimas de alivio que comenzaban a arder en sus ojos.

“Sí, tonto”. Garth le arrebató la espada a su segundo y corrió hacia ellos. La señora Potter gritó.

El duque levantó su espada y le quitó la suya de un golpe a Garth. Lo agarró por el cuello y lo llevó retorciéndose con poco esfuerzo hasta la orilla del río. Lo arrojó al agua e Isabel echó un vistazo satisfecho a la cara de sorpresa del hombre mientras el agua se acercaba a él.

Balbuceando y pataleando, se esforzó por aferrarse a la ladera fangosa del río mientras lo bañaba. Era lo suficientemente poco profundo como para que pudiera ponerse de pie, pero el agua fluía rápidamente y se lo dificultaba.

“Ayuda” gritó entre gárgaras Garth.

Sus amigos intercambiaron miradas y miraron al duque. Ninguno dio un paso al frente. El duque llegó a la orilla del río, se inclinó y agarró a Garth por los cabellos. Lo levantó y lo examinó por un momento.

"No vuelva nunca más".

Garth sacudió la cabeza y le dio una mirada al pecho al duque.

“No vuelva a hablar con Isabel”.

Él asintió frenéticamente.

El duque lo retuvo allí un rato antes de levantarlo y arrojarlo a la hierba como si no pesara más que una hoja. Los amigos de Garth permanecieron congelados hasta que el duque se retiró y volvió al lado de Isabel.

Observaron cómo un Garth empapado y exhausto se ponía de pie. Ignoró a Isabel mientras sus amigos recogían sus pertenencias y pasaban corriendo.

“Nunca lo habría matado” dijo el duque, llevándose una mano a la herida que tenía en el costado.

Las lágrimas nublaron su visión. "Por supuesto que no lo habría hecho".

"No soy una bestia".

Ella sonrió y le llevó una mano a la mejilla. “Lo sé”. Ella bajó la mirada hacia su costado. Será mejor que hagamos que la señora Potter se encargue de eso.

Un pulgar áspero le limpió una lágrima de la mejilla. El duque frunció el ceño. “¿Por qué llora?”

“Porque puede que no haya matado a Garth, pero él tenía toda la intención de matarlo. Pensé que lo perdería".

"Y..." Tragó saliva. "¿Y eso la hace llorar? ¿La idea de perderme?”

"¡Por supuesto que sí!" Le dio unos golpecitos en el brazo. "Lo amo, Su Gracia".

Una tierna sonrisa curvó sus labios. “Creo que será mejor que me llame Wilde”.

“¿Ese es su nombre de pila?”

“No”. Dijo con sonrisa burlona. “Pero puede llamarme así”.

Con un resoplido, volvió a tocarle el brazo. "Eso es injusto".

“¿Lo es?” Se inclinó hacia ella y la rodeó con sus brazos. "Si la beso, ¿sigue siendo injusto?"

Detrás de Isabel, en algún lugar, la señora Potter soltó un grito de alegría.

Epílogo

Wilde tiró de su chaleco. Se pasó una mano por el pelo recién cortado. Se le hizo un nudo en la garganta y poco tenía que ver con lo bien atada que estaba la corbata.

Miró a Timms en el espejo y señaló su barba. "¿Es...?"

Timms asintió. “Tiene usted un aspecto perfectamente respetable, Su Excelencia”.

Wilde exhaló un suspiro. Tenía ropa nueva, sirvientes nuevos, el pelo más corto y una casa limpia, pero no se atrevía a deshacerse de la barba por completo. Timms había ayudado a arreglarla, pero esperaba que Isabel no se sintiera decepcionada de que no la hubiera eliminado por completo para su baile de compromiso.

“Será mejor que se dé prisa, Su Excelencia. Sus invitados estarán esperando, al igual que la señorita Beaumonte”.

La señorita Beaumonte... pero no por mucho más tiempo. Pronto ella sería Su Gracia y estaría a su lado todos los días. Una sonrisa desconocida se extendió por sus labios.

“Muy bien”. Aplaudió. "Acabemos con esto".

"Nunca se sabe, Su Excelencia. Podrías divertirse".

Wilde se limitó a levantar una ceja. Un baile, lleno de gente y ruido. No estaba seguro de que fuera a ser algo agradable, pero era parte de su deber, un deber que había descuidado durante demasiado tiempo. Ahora que estaba saliendo de su estupor, era hora de que las cosas volvieran a ser como siempre debieron haber sido.

Se encontró con la señora Potter y Lighthall asomándose por una de las ventanas del pasillo superior. Tosió y ambos se dieron la vuelta, con una mirada culpable en sus rostros.

"¿Ya está aquí?", les preguntó, sabiendo muy bien a quién estaba buscando. Habían pasado varios días desde la última vez que Isabel lo había visitado y los preparativos para el baile los habían mantenido a todos ocupados.

“No la he visto, Su Excelencia” dijo Lighthall.

“No pasará mucho tiempo para que llegue” le aseguró la señora Potter.

Entrecerró la mirada hacia el ama de llaves. La maldita mujer comprendía muy bien lo mucho que necesitaba a Isabel a su lado, sobre todo cuando se enfrentaba a un evento como un baile.

“Será mejor que salude a nuestros invitados” murmuró como si fuera algo que pudiera no hacer para salirse con la suya.

"Están encantados de estar aquí", dijo Timms, acercándose detrás de él. “Y la casa tiene un aspecto excelente, señora Potter. Ha hecho un buen trabajo entrenando a los nuevos sirvientes".

La señora Potter sonrió y Wilde miró al mayordomo. Wilde debería ser quien la felicitara, no Timms. “¿No tiene trabajo que hacer, Timms?”

“Así es, Su Excelencia”.

Hizo una reverencia, pero no antes de que Wilde viera una sonrisa maliciosa en el rostro del hombre. Todos sus sirvientes parecían tener una sonrisa perpetua en los labios desde que Isabel apareció en su puerta.

"Timms tiene razón". Hizo un gesto con la cabeza hacia Lighthall y la señora Potter. "Han hecho un trabajo excelente. Deseo ver qué piensa Isabel”.

“Nosotros también” dijo Lighthall. Se asomó por la ventana. "Y no tendremos que esperar mucho. Aquí está con su padre".

El corazón de Wilde dio una sacudida y se obligó a mantener su expresión plácida bajo la

atenta mirada de la señora Potter.

“Corra entonces”. La señora Potter hizo un gesto con la mano. “No la haga esperar, Su Excelencia”.

Con un rígido movimiento de cabeza, Wilde giró sobre sus talones y bajó las escaleras. Un flujo constante de gente entraba por las puertas abiertas del frente. Cada parte del pasillo de entrada brillaba y sabía que el salón de baile sería el mismo. Los muebles desgastados habían sido retirados o reemplazados y las pinturas habían sido reorganizadas para que solo las que estaban en mejores condiciones pudieran verse aquí hasta que se restauraran las demás.

“¡Su gracia! Un anciano, con los hombros caídos por la edad, lo miraba a través de las gafas. Wilde tardó un momento en reconocerlo como el viejo señor Grant.

“Señor Grant, me alegro de que haya podido venir”. Tomó la mano que le ofrecía el hombre.

"Muy bien de su parte invitar a todos los aldeanos. No recuerdo haber estado nunca antes en un baile".

“Fue idea de la señorita Beaumonte, en realidad”.

“Sin embargo, supongo que no fue idea suya enviar todos esos paquetes, ¿verdad?”

Wilde tosió. Sin duda, Isabel había asumido un papel importante al hablar a todos de sus virtudes en un intento de persuadirlos a todos de que no era una bestia. Ciertamente le hizo la vida más fácil, pero no estaba del todo seguro de querer lidiar con la gratitud de todos, esta noche. Después de todo, él tenía que lidiar con la suya propia.

“Me temo que no tengo ni idea de lo que está hablando, señor Grant”.

Los ojos del anciano brillaron. "Por supuesto que no, por supuesto que no. Bueno, siempre dije que no era una bestia. Todas esas historias tontas. Tonterías, eso dije.

“Yo... sí, gracias”.

"Veo que su encantadora señorita se acerca. Lo dejaré en paz”. El señor Grant guiñó un ojo y entró en el salón de baile.

Wilde miró por encima de las cabezas del resto de sus invitados y sus palmas se pusieron húmedas al instante. Con el mismo vestido amarillo que la señora Potter le había hecho, Isabel brillaba como un rayo de sol entre la gente que se arremolinaba en el pasillo. Le dijo algo a su padre, le dio un beso en la mejilla y se dirigió en su dirección.

Isabel extendió sus manos enguantadas y Wilde las tomó para acercarla. "Si no hubiera invitados aquí, le daría un beso", susurró.

"Realmente es una bestia", dijo ella.

“¿Por qué?”

"Burlándose de mí".

Sonrió. "Me imagino que, si le dijera que me enviarán quinientos libros nuevos desde Londres antes de casarnos, también se consideraría una broma".

"Me retracto de todo lo bueno que dije sobre usted. ¿Cómo se supone que voy a esperar otras dos semanas?"

"Puedes visitarme cuando lleguen".

“Quinientos libros nuevos”. Una mirada soñadora recorrió su rostro. "Qué maravilla".

"Tal vez no sea tan bestial después de todo".

“Tal vez no”. Ella sonrió y le tocó la barba. "Se ve guapo".

"Incluso con la barba".

"Me gusta. Me recuerda a cuando lo conocí".

"Bastantes cosas han cambiado desde entonces".

Isabel alzó la mirada alrededor de la habitación. "De hecho, así es. La casa se ve maravillosa".

Wilde le ofreció su brazo. "Será mejor que asistamos a este baile o nuestros invitados se sentirán muy decepcionados".

Ella asintió y lo tomó del brazo. La habitual oleada de orgullo lo inundó. Esta mujer hermosa, inteligente y amable había accedido a casarse con él. En poco tiempo sería su duquesa. Ni siquiera las miradas de más de cien personas podían disminuir la sensación de saber que pronto sería suya.

La orquesta tocó poco después de entrar en el salón de baile. Los candelabros brillaban y las velas proyectaban un resplandor dorado sobre la habitación. Sin embargo, nada de eso brillaba como Isabel, especialmente cuando la tomó en sus brazos para bailar un vals.

"Ha pasado algún tiempo", le advirtió.

"Todo irá bien", le aseguró.

Lo loco era que él le creía. Con Isabel a su lado, todo iría bien, y lo seguiría estando.

“La amo, Isabel”.

“Lo amo, A.…”

A pesar de la multitud de personas que los observaban, él la interrumpió con un beso firme, incapaz de resistirse por más tiempo.

"La amo más", murmuró mientras estallaban los aplausos por su beso improvisado.

“Bestia” murmuró con una sonrisa”.

Fin